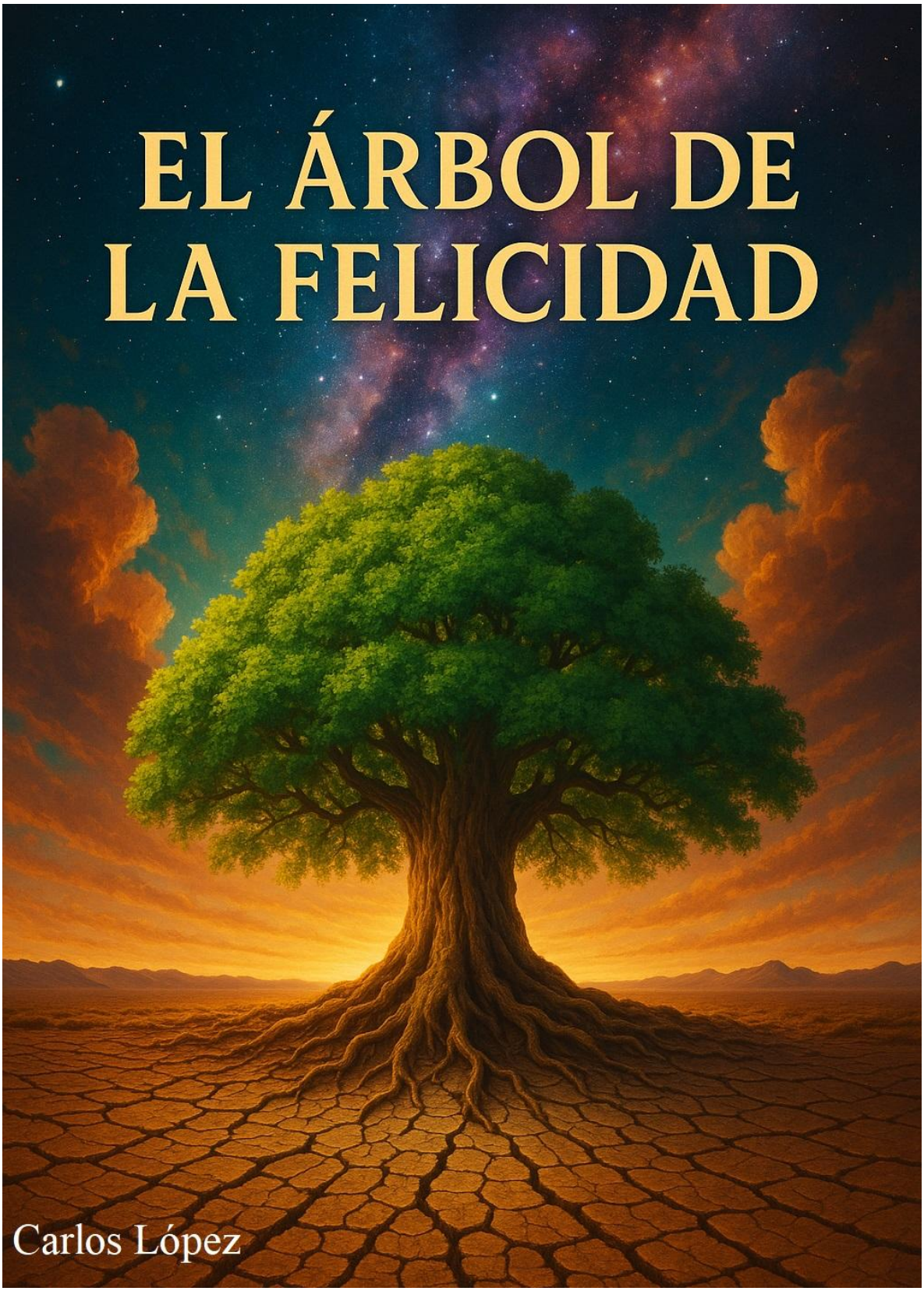

EL ÁRBOL DE LA FELICIDAD
Carlos López

Prólogo

El Árbol de la Felicidad no es solo una fábula, ni una parábola, ni un espejo disfrazado de fantasía.
Es una herida abierta, escrita con tinta de verdad y coraje; una llamada al alma dormida de quien aún cree que agachar la cabeza es la única forma de sobrevivir.

Esta es la crónica de un árbol que alguna vez se llamó "de la felicidad", aunque en sus ramas anidaran el miedo, la mentira y la esclavitud.
Un árbol que creció en la soledad del desierto, regado no por la lluvia, sino por el sudor de aquellos que jamás conocieron el cielo.
Allí, bajo sombras generosas pero falsas, un escarabajo coronado en temor gobernaba con puño cerrado y sonrisa torcida.

A través de un universo poblado por insectos —pequeños, vulnerables, oprimidos— se dibuja la silueta de un sistema cruel y tristemente familiar.
En ese árbol, donde a diario se canta la falsa felicidad, reconocerás no solo la historia de las orugas que olvidaron que podían volar...
sino también, quizás, la tuya, la mía, la nuestra.
Porque en cada rama tejida de silencio y miedo, en cada mandato disfrazado de justicia, resuena el eco de nuestras propias cadenas.

Este cuento no busca consolarte.
No es un refugio.
Es una brasa ardiente puesta en tus manos; una verdad disfrazada de fábula que no espera ser leída, sino sentida.
Tito, la oruga que desafía el orden impuesto, es el grito de todos los que fueron callados.
La prueba de que la libertad no llega por decreto, sino por osadía.

El Árbol de la Felicidad es una fábula para lectores de cualquier edad, pero especialmente para aquellos que sospechan que hay algo más allá del deber, del miedo y del "así ha sido siempre".
Con una prosa intensa, poética y ferozmente crítica, esta historia nos recuerda que, hasta en los sistemas más rígidos, una sola voz puede romper el silencio.

No leas este relato con distancia.
Acércate como quien se mira frente al espejo más incómodo.
Porque tal vez, al final, descubras que este árbol seco y gigantesco no está tan lejos...
y que las alas que Fir te prohibió imaginar como tuyas, han estado siempre ahí, temblando de ganas de desplegarse sobre el mundo entero.

Este cuento no es un descanso.
Es una llama. Una semilla de rebeldía. Una invitación a recordar que tú también...
tienes alas.

El Árbol de la Felicidad

En lo más profundo del desierto se alzaba un coloso conocido como **el Árbol de la Felicidad**.
Sin embargo, aquel nombre no era más que un reflejo distorsionado en un oasis seco, un título falaz impuesto por Fir, el autócrata escarabajo que lo gobernaba.

Para las humildes orugas que moraban entre sus ramas, aquella designación era una afrenta despiadada.
Bajo su imponente dosel, en vez de hallar júbilo, solo descubrían grilletes invisibles.
Día tras día, hilaban sin tregua los más finos filamentos de seda, no para su propio bienestar, sino para sostener el lujo desmedido y la vida de excesos del despiadado escarabajo.

El Árbol de la Felicidad, pese a haber crecido en soledad, arraigado en un desierto inmenso de tierra estéril, se alzaba fuerte y majestuoso.
Su tronco robusto desafiaba los embates del viento, y sus hojas danzaban al compás de la brisa que lo acariciaba sin descanso.
El sol derramaba sobre él su luz dorada, y al atardecer, el crepúsculo pintaba sus ramas con tonos de fuego y escarlata, envolviendo a las orugas en un sopor apacible tras la agotadora jornada.

A pesar de compartir linaje con la majestuosa mariposa monarca, las orugas ignoraban su verdadero destino.
No sabían que en sus entrañas latía el don del vuelo, que sus cuerpos eran crisálidas de libertad, diseñados para quebrar las cadenas de la tierra y abrazar los cielos.
Sus mentes, sin embargo, habían sido esculpidas como bonsáis: no para crecer con plenitud, sino para amoldarse a los estrechos límites de una doctrina que no alimentaba el saber, sino la servidumbre.

Sobre ellas imperaba Fir, un escarabajo de porte colosal y longevidad casi mística, cuya sola sombra bastaba para marchitar el hábitat.
No era un monarca, sino un déspota de caparazón curtido por el peso de los años, un titán de la espesura que regía su dominio con la astucia de un ilusionista y el puño implacable de un tirano.
Su cabeza, vasta y maciza, parecía esculpida en basalto, con una expresión pétrea que jamás se ablandaba, como si su mente fuera un enjambre de conspiraciones en perpetuo aleteo.

Sus antenas gruesas y arqueadas trazaban la silueta de una boina ajada, testigo de luchas que jamás terminaron.
Sus ojos, dos abismos insondables, destilaban vigilancia constante, como si en sus pupilas ardieran brasas de sospecha.
Sus mandíbulas, voraces y siempre en movimiento, no conocían la tregua: eran el eco de una retórica incesante, un torrente de palabras que no iluminaban, sino que encadenaban.
Su caparazón, endurecido como la historia misma, era una coraza infranqueable, salpicada de una fina pelusa que evocaba la barba gris de un ermitaño en eterno exilio.

Sus patas largas y robustas terminaban en garras aceradas, aferrándose a la tierra con la tenacidad de quien teme el abismo.
Fir no caminaba: se anclaba.
No gobernaba: poseía.
Su reino no era de súbditos, sino de sombras que no conocían otra ley que su voluntad férrea.

Pero Fir no era un escarabajo común.
No compartía, no forjaba alianzas, no anhelaba el equilibrio.
Su reino era un feudo de miedo y privación, donde todo le pertenecía, y solo los más serviles tenían derecho a florecer bajo su sombra.
No regía una colonia: gobernaba un enjambre sometido, atrapado en un letargo impuesto, donde los disidentes eran empujados a las grietas más oscuras del árbol, condenados al olvido.

Si un rival osaba desafiar su dominio, Fir no se rebajaba a la confrontación directa.
No chocaba: envolvía.
No combatía con garras: tejía telarañas invisibles, hiladas con rumores y silencios, hasta que el enemigo quedaba aislado, reducido a una sombra sin eco, o devorado por el mismo aparato que intentaba desafiar.
Su poder no descansaba en la brutalidad, sino en la lenta erosión de la voluntad ajena, en la opresión disfrazada de estabilidad, en el miedo convertido en ley inquebrantable.

Su atuendo, tan sombrío como su designio, no era simple vestimenta: era el estandarte de su esencia.
Fir era un verdugo de voluntades, un titiritero del miedo, un soberano que se nutría del temblor de sus súbditos.
No demandaba solo obediencia; exigía la rendición del alma, la entrega absoluta, la sumisión convertida en instinto.

Gozaba viendo a las orugas encogerse a su paso, como hojas que se pliegan ante el vendaval. En sus ojos relucía un regocijo oscuro cuando los cuerpos diminutos se doblegaban, cuando las cabezas caían, cuando los vientres besaban el suelo en muda reverencia.
Pero si alguna osada se mantenía erguida, si un solo par de ojos se alzaba desafiando su sombra, en sus entrañas brotaba un fuego abrasador.
Porque Fir no solo reinaba con el miedo: lo precisaba, lo inhalaba como el aire mismo, lo convertía en la savia que mantenía su dominio en pie.

Aquel despiadado escarabajo había sembrado en las mentes de las orugas una mentira tan grande como su propia sombra:
volar era malo, un acto prohibido, un sacrilegio.
Solo él tenía derecho a elevarse por los aires, pues —según sus propias palabras— era un ser superior, destinado a mirar el mundo desde lo alto.

Y así, con su veneno de engaños, Fir arrancaba de los corazones de las orugas cualquier atisbo de esperanza.
La mayoría aceptaba su destino sin cuestionarlo, sin imaginar que un día podrían desplegar sus alas y alzarse hacia un horizonte sin cadenas.

Fir solo permitía que las orugas absorbieran el conocimiento que cimentara su hegemonía.
No debían interrogar ni impugnar: solo acatar.
Y casi todas lo hacían, sometidas por la inercia de una existencia encadenada a la resignación.

Casi todas…
Excepto Tito.

Tito era distinto.
Su espíritu ardía como un fuego indómito, inmune a los vientos de la opresión.
No era una simple oruga arrastrada por las corrientes del destino, sino un titán forjado en las brasas de la adversidad.
Su sola presencia encendía la esperanza en los corazones apagados por el miedo.
No era solo un líder: era un faro en la tormenta, un relámpago desgarrando las sombras con el filo de su determinación.

No había cadenas capaces de atarlo, ni amenazas que quebrantaran su voluntad.
Sabía que la verdadera victoria no residía en la fuerza bruta, sino en la convicción de jamás ceder, jamás callar, jamás rendirse.
En su pecho latía la certeza de que un pueblo no es vencido mientras alguien siga alzando la voz, mientras alguien siga caminando, mientras alguien siga soñando.

Y cuando las garras de la opresión intentaban sofocar su luz, cuando la sombra del poder se cernía sobre su senda, Tito respondía con la única arma que jamás podrían arrebatarle:
su firmeza inquebrantable.
Porque Tito no luchaba solo por sí mismo, sino por todos aquellos que aún no se atrevían a

soñar con la libertad.
Era un estandarte viviente, un eco de valentía resonando incluso en el más denso de los silencios.
Un huracán contenido en el cuerpo de una oruga, con un espíritu de acero templado en la adversidad.
Conocía el miedo, pero lo desafiaba con la osadía de quien ha decidido nunca doblar la rodilla.

Su temple no nacía del arrebato, sino de la convicción profunda de que la libertad vale más que la vida misma.

Cada palabra suya era un cuchillo cortando la niebla de la sumisión;
cada paso, una grieta en los cimientos del miedo.
No era solo un guerrero: era un arquitecto de esperanzas,
un líder que no pedía seguidores, sino aliados en la lucha.

A Tito no lo silenciaban las amenazas, no lo frenaban los muros, no lo detenían las sombras.
Sabía que el verdadero coraje no es la ausencia de temor, sino la voluntad de enfrentarlo, de avanzar incluso cuando todo parece perdido.

Cuando el peso del poder intentaba aplastarlo, Tito respondía con la terquedad de las montañas.
No se escondía, no se quebraba, no huía.
Se mantenía firme, la mirada fija en el horizonte, porque sabía que su lucha no era solo suya: era la de todos los que aún no se atrevían a alzar la voz.

Se negaba a portar el yugo del escarabajo sin erguir la frente.
No era el más fuerte, pero sí el más intrépido.
Su corazón latía con el pulso de la justicia,
y sus palabras rompían el letargo del sometimiento como un trueno anunciando la tormenta.

Mientras las demás orugas tejían hilos en el silencio impuesto,
Tito urdía sueños de libertad.

El anhelo de volar

—¡Algún día tendré alas y seré libre! —proclamaba Tito con vehemencia ante sus compañeros.
Tal vez hablaba guiado por un instinto primigenio, un eco latente en las profundidades de su ser, susurrándole que su destino no era permanecer eternamente confinado al suelo.
Sus palabras eran simientes de esperanza dispersadas al viento, con la convicción de que algún día germinarían y se alzarían como un bosque de posibilidades.

Pero las demás orugas, con la voluntad erosionada por años de sumisión, eran incapaces de concebir la libertad en cualquiera de sus formas, por más ardor que impregnara Tito en sus discursos.

—¡Tito, deliras! —le respondían con desconsuelo—. ¿Cómo podría una oruga desafiar la gravedad?

Sus miradas, empañadas por la niebla de la resignación, reflejaban más lástima que incredulidad.

—Nos preocupas... —agregaban como un eco apagado en la penumbra—. Hablas demasiado de cosas prohibidas. No quisiéramos que Fir te escuche... ni imaginar lo que podría suceder.

Sus voces titubeaban al pronunciar el nombre del tirano.
Durante demasiado tiempo, solo se habían atrevido a evocarlo en cánticos de sumisión, nunca en desafío.
El miedo se había convertido en un agente tóxico infiltrado en su torrente vital, un yugo intangible que las mantenía adheridas al suelo.
Antes de arriesgarse a transgredir los decretos del escarabajo, preferían continuar en la resignación, sin atreverse siquiera a concebir la posibilidad de un futuro distinto.

Fir, con la precisión de un depredador al acecho, urdía planes minuciosos para someter a todo el pueblo de las orugas sin que apenas se alzara un zumbido de resistencia.
"Pareciera que a cada criatura perversa la guía la sombra diabólica del mal", pues con astucia venenosa había endulzado los oídos de los seres más corruptos del árbol con promesas doradas, convirtiéndolos en engranajes perfectos de su despiadado régimen.
A estos mismos les entregó los cargos de mayor jerarquía, tejiendo su imperio con hilos invisibles de ambición y miedo, como una araña que enreda a su presa antes del golpe final.

Fir nunca movía una pata sin antes haber dispuesto sus piezas en el tablero del engaño.
Sabía que la conciencia de un insecto sin escrúpulos era como una hoja seca: ligera, quebradiza y fácil de arrastrar por el viento de la codicia.

Para administrar las leyes del árbol, eligió a la mantis religiosa Caris, aunque de devota solo tenía el disfraz.
Era un filo de navaja con patas, esbelta y angulosa, con un ego tan alto como la copa del árbol y un temperamento tan afilado como sus mandíbulas.

Su simple nombre era un silbido de tormenta entre las orugas, un eco de miedo tan helado como el que inspiraba el escarabajo.
De mirada gélida y movimientos calculados, no impartía justicia: la vendía al mejor postor.
Su exoesqueleto, pulido y reluciente, ocultaba la podredumbre de su esencia.
No era una árbitra de la verdad, sino una ejecutora de sentencias dictadas por el poder.

Como todos los de su especie en la colonia de Fir, no servía a la ley, sino a la voluntad del tirano.

Sus patas, largas y afiladas, no estaban hechas para sostener el equilibrio de la justicia, sino para atrapar y devorar a quienes se atrevieran a desafiar el orden impuesto por Fir.
Cada juicio bajo su mando era un teatro siniestro, donde la verdad era un estorbo, y la sentencia estaba escrita antes de que se presentaran las pruebas.
No pesaba los argumentos: los descartaba.
No escuchaba a los inocentes: los silenciaba.

Sus ojos multifacéticos, que parecían verlo todo, en realidad solo reflejaban aquello que Fir deseaba que viera.

Con cada veredicto amañado, con cada condena dictada sin escrúpulos, reforzaba la telaraña de miedo que mantenía a la colonia sometida.
No era una jueza: era una cómplice.
No administraba justicia: dispensaba castigo.
Su tribunal no era una corte: era una trampa donde solo los disidentes caían, mientras los verdugos se paseaban impunes bajo su amparo.

Se murmuraba en las grietas de la corteza que, por órdenes del escarabajo, Caris había arrojado a centenares de orugas al "agujero de la oscuridad", un pozo sin fondo donde la esperanza se apagaba como una luciérnaga atrapada en el aliento de la noche.

Su crueldad era tan legendaria como el enigma de su eterna soledad.
Se contaba entre murmullos que cada uno de sus esposos terminaba injuriado y enjuiciado, y que, una vez amarrados en su celda, acababan entre sus fauces.

Pero en el Árbol de la Felicidad, lo que Fir y sus funcionarios presentaban como verdad no era más que una red de engaños.
El mundo para ellos no era más que un tapiz de sombras disfrazadas de luz, y las orugas nunca podían estar seguras de qué era real y qué era solo un espejismo.

Para sellar su dominio con garras de hierro, Fir nombró como jefe de los guardianes a Dión, el escorpión.
Pequeño en tamaño, pero descomunal en maldad, su sonrisa irónica delataba la crueldad que corría por sus venas.
Se decía que su odio nacía de sus complejos, pues, al ser el más diminuto de los insectos de élite, intentaba compensar su insignificancia con brutalidad.

Era el escorpión de la sombra y la traición, la viva imagen del poder corrupto disfrazado de lealtad.
De cuerpo regordete y de tamaño reducido, con un caparazón verde militar, oscuro y rugoso, se movía con la torpeza de quien ha trepado al poder no por méritos, sino por servilismo.
Sus patas cortas y robustas parecían hechas más para aplastar que para avanzar; más para aferrarse al trono ajeno que para conquistar el propio.

Su cola, gruesa y siempre en alto, terminaba en un aguijón curvo y venenoso.
Pero su ponzoña no era rápida ni letal: era lenta y corrosiva, diseñada para debilitar, para intoxicar con intrigas, para paralizar a quienes osaban cuestionarlo.
No atacaba de frente: emboscaba.
No combatía con honor: tramaba en la oscuridad.

Dión era un depredador sin astucia, un estratega sin visión, un guerrero sin destreza, que solo brillaba cuando contaba con el respaldo del gran escarabajo Fir.

Sus ojos pequeños y hundidos, siempre inquietos, reflejaban la paranoia de quien sabe que su poder no es propio, sino prestado.

Su mandíbula, ancha y en constante movimiento, escupía amenazas disfrazadas de discursos, advertencias envueltas en falsa camaradería.
No dirigía con sabiduría: gobernaba con miedo.
No imponía respeto: sembraba violencia.

Era un fantoche con garras, una marioneta con aguijón, un criminal con uniforme, que solo sabía una cosa: su existencia dependía de seguir siendo útil al régimen que lo alimentaba.

Dión disfrutaba intimidando a las orugas.
Las amenazaba con su veneno, jurándoles que, si desobedecían las órdenes del gobernador, su ejército de escorpiones las castigaría sin piedad.

Amorboso, la langosta electoral

Para asumir el importante cargo de árbitro electoral, Fir escogió a uno de los parásitos más temidos de la selva seca: una langosta hambrienta del desierto.
Lo llamaban Amorboso, y no por cariño, sino por su forma melosa de disfrazar las amenazas con palabras sedosas.

No era un árbitro... era un parásito.
No devoraba hojas: devoraba la voluntad colectiva.
No arrasaba sembradíos, como sus primos de enjambre; arrasaba con la esperanza de todo un pueblo.

Su zumbido no anunciaba vida: anunciaba fraude.
No impartía justicia: la masticaba y la escupía envuelta en discursos de unidad.

Amorboso recorría las ramas con la vanidad de un sacerdote oscuro.
Con voz profunda advertía a las orugas que, si se equivocaban al elegir, irían directo al agujero de la muerte.
Durante cada elección, repetía sin cesar que el voto no era secreto, que todo estaba vigilado, que conocía sus intenciones antes de que siquiera se formaran.

Las orugas temblaban.
Las mariquitas, aún más temerosas, eran amenazadas con perder su ración diaria de hojas si no aplaudían con entusiasmo los resultados, si no se mostraban "visiblemente leales".
Porque en su sistema, la devoción debía ser pública, estruendosa, ciega.

Y si alguna criatura se atrevía a dudar, Amorboso las confrontaba con un discurso cuidadosamente ensayado:

> —Miren a los otros árboles —decía—. ¿Acaso creen que allá se vive mejor? ¿Quieren terminar enredadas en ramas extrañas, sin raíces, sin refugio, sin patria?
> Aquí tienen hojas. Aquí tienen orden. Aquí tienen al gran Fir.

No persuadía con argumentos, sino con comparaciones amañadas.
No ofrecía futuro: ofrecía miedo.
No educaba: adoctrinaba.
No inspiraba respeto: cultivaba terror.

Amorboso prohibía la llegada de observadores de otros árboles.
Decía que en sus raíces no se aceptaban miradas ajenas.
Solo él sabía contar.
Solo él sabía quién merecía ganar.

Y en cada ciclo electoral, como si se tratara de una ceremonia escrita de antemano, aparecía cargado de hojas tiernas para repartir el día exacto de las elecciones.
Pero solo a quienes ya estaban marcados como "fieles".

Los que dudaban, los que no coreaban los himnos falsos, eran marcados en secreto con una tinta invisible: una sentencia silenciosa.
Las demás criaturas recibían miradas de sospecha y rechazo.

Y si, por alguna grieta del sistema, el resultado real no favorecía al régimen, Amorboso sacaba de su exoesqueleto una nota ya redactada, con cifras imposibles, con victorias abrumadoras.
Los números eran suyos.
La victoria, también.

Amorboso no contaba votos: contaba amenazas.
No organizaba elecciones: organizaba sometimientos.
No era un árbitro: era el brazo electoral de una dictadura vestida de democracia.

El aparato de espionaje en el Árbol de la Felicidad estaba constituido por legiones de mariquitas.
Fir les asignó el uniforme que más se merecían: rojo brillante, con manchas negras y un corte afeminado.
Y aunque su apariencia no era temible, su fidelidad ciega las convertía en las guardianas más peligrosas.

Eran chismosas, manipuladoras y difamadoras.
Bastaba que calumniaran a una pobre oruga para que esta fuera arrestada y torturada.

Eran la cara amable de la servidumbre:
insectos que, por migajas, vendían su dignidad con la misma facilidad con que sus alas se abrían al sol.
No eran depredadores ni presas: eran parásitos del miedo, criaturas que, en su ceguera voluntaria, sostenían con su devoción el yugo que las aplastaba.

Vivían aferradas a las migas que caían del festín de los tiranos de élite, felices con su escasa ración de pulgones mientras la colonia entera se marchitaba.
Su lealtad no era fruto de la convicción, sino del hambre;

su fervor no nacía del respeto, sino de la necesidad de sobrevivir sin esfuerzo.
No conocían la vergüenza, porque habían aprendido a confundir la sumisión con la gratitud, la obediencia con la virtud.

Pero si algo las definía más que su conformismo, era su lengua afilada.
Siempre revoloteaban cerca de la corte de Fir, no para desafiarlo, sino para delatar a sus adversarios.
Eran los ojos y oídos del régimen, los mensajeros del miedo, los soplones de la maleza.
En su afán por proteger su pequeño y miserable espacio dentro de la jerarquía impuesta, se dedicaban a señalar, a difamar, a destruir reputaciones con la misma destreza con la que devoraban los áfidos.

No eran guerreras.
No eran sabias.
No eran libres.
Eran simples insectos de colores llamativos y espíritu marchito, felices de formar parte de la maquinaria opresora.
Y mientras el resto de la colonia soñaba con el vuelo, ellas seguían arrastrándose, creyendo que su lealtad comprada las salvaría del abismo que ayudaban a construir.

Mientras Fir descansaba en su trono, las mariquitas lo abanicaban y le cantaban, con un ritmo solemne y exaltado, coros de alabanzas danzando alrededor de sus aposentos:

"Cántico Revoloteao' Pa' Fir"

Versión: Las Mariquitas Amables

¡Socialismo, patria y muerte!
¡Y por mi comandante hasta la muerte!

Te cantamos con la panza vacía,
pero amor a nuestro divino regente.
Oh, Fir querido, gran escarabajo,
con tu caparazón nos tapamos del miedo,
aunque vivamos rascando abajo,
¡tú brillas como sol sin enredo!

¡Socialismo, patria y muerte!
¡Y por mi comandante hasta la muerte!

Aunque nos aplasten por accidente,
¡igual cantamos con gran amor inocente!
Tus enemigos son puro veneno,
nosotras somos el perfume leal,
nos encanta vivir sin terreno,
¡con migajas y con baja moral!

Dicen que somos feas y chismosas,
que delatamos a orugas sin razón…
¡pero es por el bien de la patria hermosa!
¿Que le urgen los leales y repudia la traición?

Oh, Fir... tu sueño es ley,
tu bostezo es decreto,
si me dices que de risco me tire,
¡te obedezco, me tiro y no lo pienso!

Tú que trazas la senda del tronco,
tú que ordenas el fluir del sol,
somos tuyas, oh Fir eterno,
eres rama divina, raíz y flor.

Oh, Fir, nuestro guía,
fuente de luz sin igual,

¡somos tuyas eternamente,
sin preguntas, sin final!

Duerme, Fir, debes descansar.
Nosotras velamos tus sueños,
somos tu voz en la quietud,
cuando el sueño te impide hablar.

Esta canción se la cantaban todos los días, hasta que el escarabajo finalmente caía en un sueño profundo, como un rey antiguo mecido por la adoración de sus súbditos.

Las mariquitas constituían el grueso demográfico del árbol, superando en número con holgada ventaja a cualquier otra especie que allí residía.
Su lealtad era el pilar estructural que sostenía el régimen del escarabajo, y su devoción hacia Fir y su círculo cercano trascendía la admiración, rozando los límites de la idolatría enfermiza.

No obstante, lo que realmente erizaba las antenas de las orugas no era su fervor ciego, sino su reputación bien cimentada como agentes de la calumnia y la difamación.
Eran los tentáculos ideales de un aparato de vigilancia soterrado, donde el rumor se propagaba como un virus letal, y la traición se deslizaba con la sutileza de una sombra entre las ramas.

Tito no les temía, ni al escarabajo ni a sus secuaces.
Su espíritu ardía con una rebeldía indomable, inmune a cualquier intento de sometimiento.

Pero lo que más lo enojaba era el descaro con el que Fir proclamaba, con su característico cinismo:

—"Soy un gobernante tan justo que garantizo la igualdad de todos los habitantes del Árbol de la Felicidad."

Tito, un día, hastiado de tanta hipocresía, reunió todo su coraje y, en presencia de todas las orugas, alzó la voz con la fuerza de un trueno:

—¡Si en este árbol hay igualdad para todos, dime por qué solo tú puedes volar y rodearte de lujos!
¿Por qué solo tú te alimentas de las hojas más tiernas, mientras nosotros apenas sobrevivimos con migajas?
¿Por qué este árbol entero te pertenece y a nosotros ni siquiera se nos permite ser propietarios de una sola rama?
¿Por qué nos prohíbes conocer otros árboles, mientras tú viajas a donde quieres?

El silencio cayó como un manto helado sobre el lugar.
Nunca antes nadie había osado desafiar al gobernador con tanta valentía.

Fir, con los ojos encendidos de ira, tronó con su voz autoritaria:

—¡Arresten a esa oruga insolente y malagradecida!

El gran escape de Tito

Antes de que los guardianes pudieran accionar un solo movimiento, Tito corrió como una ráfaga de viento.
Al salir del recinto, en un rincón de las afueras, divisó a una mariquita pequeña y delicada, conocida entre todos como **Rodry**.

En un movimiento digno de un mago de circo, Tito se le abalanzó:

—¡Perdón, mariquita, es por una buena causa! —susurró, dejando caer sus palabras como pétalos al oído.

Con la destreza de un ladrón de guante blanco, le quitó el traje de pintas rojas y negras de un solo tirón.

Rodry, lejos de reaccionar con furia, pestañeó de manera coqueta y se llevó una patita al pecho:

—¡Oh, qué atrevimiento! —exclamó, con un rubor imaginario—. ¡Al menos invítame a cenar primero!

Pero Tito no tenía tiempo para galanterías.
Se envolvió en el disfraz con prisa, alzó las antenas con porte distinguido, y su caminar tambaleante se transformó en una marcha orgullosa y elegante.

Los guardianes escorpiones se detuvieron, confundidos.

—¿Dónde está la oruga? —preguntó uno, rascándose la cabeza.

—Solo veo una mariquita... un poco ¿demasiado peluda? —murmuró otro, entrecerrando los ojos.

Por un momento, el disfraz parecía funcionar, pero justo cuando Tito estaba a punto de pasar desapercibido, cuando un escorpión gruñón alertó:

—¿No les parece que esa mariquita está actuando un poco extraño?

Tito, tratando de disimular, alzó una pata y, imitando las frases habituales de las mariquitas, exclamó con entusiasmo forzado:

—¡Saludos, camaradas! ¡Por el comandante hasta la muerte! ¡Heil Fir! ¡Salvemos a Fir! —dijo, acompañando sus palabras con una torpe reverencia—. Qué gusto verlos en esta… ehhh… soleada tarde.

El escorpión gruñón se cruzó de brazos:

—Esa mariquita habla demasiado.

—Y está sudando... —añadió otro, observando cómo el disfraz de Tito se desajustaba.

Sin esperar a que terminaran de atar cabos, Tito se lanzó hacia el borde del árbol.
Con un salto digno de un acróbata de circo (o eso pensó él), extendió las patas y se impulsó al vacío.

—¡Eh, devuélveme mi traje! —gritó Rodry, tapándose sus partes íntimas con dos hojas.

Pero el plan de Tito tenía un problema: no tenía alas.
Y en lugar de un vuelo triunfal, cayó en picada sobre el casco de un escorpión.

—¡Bajen, aquí está la oruga peluda que andan buscando! —gritó el guardia.

—Parece traumatizada... —agregó otro.

Tito rodó y, de un salto, fue a parar sobre una rama abandonada.
Allí, una trampa en forma de telaraña lo esperaba.
Una araña, con mirada voraz, se relamió:

—Umm... oruga envuelta, ¡pero prefiero con un toque de miel!

Con una patada desesperada, Tito golpeó el rostro de la araña.
El insecto, sorprendido, lo liberó en el último instante, lanzándolo directo a un charco de savia espesa.
Tito se incorporó, sacudiéndose como un perro mojado, mientras los guardianes se precipitaban hacia él.

A lo lejos, el eco de sus voces se alzaba como un presagio:

—¡Encuéntrenlo! ¡Nada debe alterar el respeto y la armonía del árbol!

Pero Tito ya estaba en la base del árbol.
Su miedo ardió por un instante, pero en lugar de consumirlo, se transformó en una chispa de desafío.
No podía quedarse allí.
No podía resignarse a un destino impuesto.
Respiró hondo, miró hacia arriba... y corrió hacia lo desconocido.

El horno del desierto

El desierto era un crisol ardiente, un océano de brasas y cenizas donde solo los más tenaces o los más astutos lograban burlar al destino.
Tito no era ni lo uno ni lo otro, pero poseía algo aún más valioso: **la obstinación de quien se niega a morir**.

Apenas había avanzado unos pasos cuando la inmensidad del páramo lo golpeó como un viento de fuego.
A lo lejos, cuerpos marchitos yacían esparcidos como hojas secas olvidadas por el tiempo.
Eran espectros de orugas que habían osado desafiar la arena... y habían perdido.
Sus cuerpos disecados parecían gritar un silencio ensordecedor.

Tito conocía bien esas historias: cicatrices en la memoria de su especie.
Pero también sabía que la única forma de vencer lo imposible era no seguir los pasos de quienes se habían desplomado antes que él.

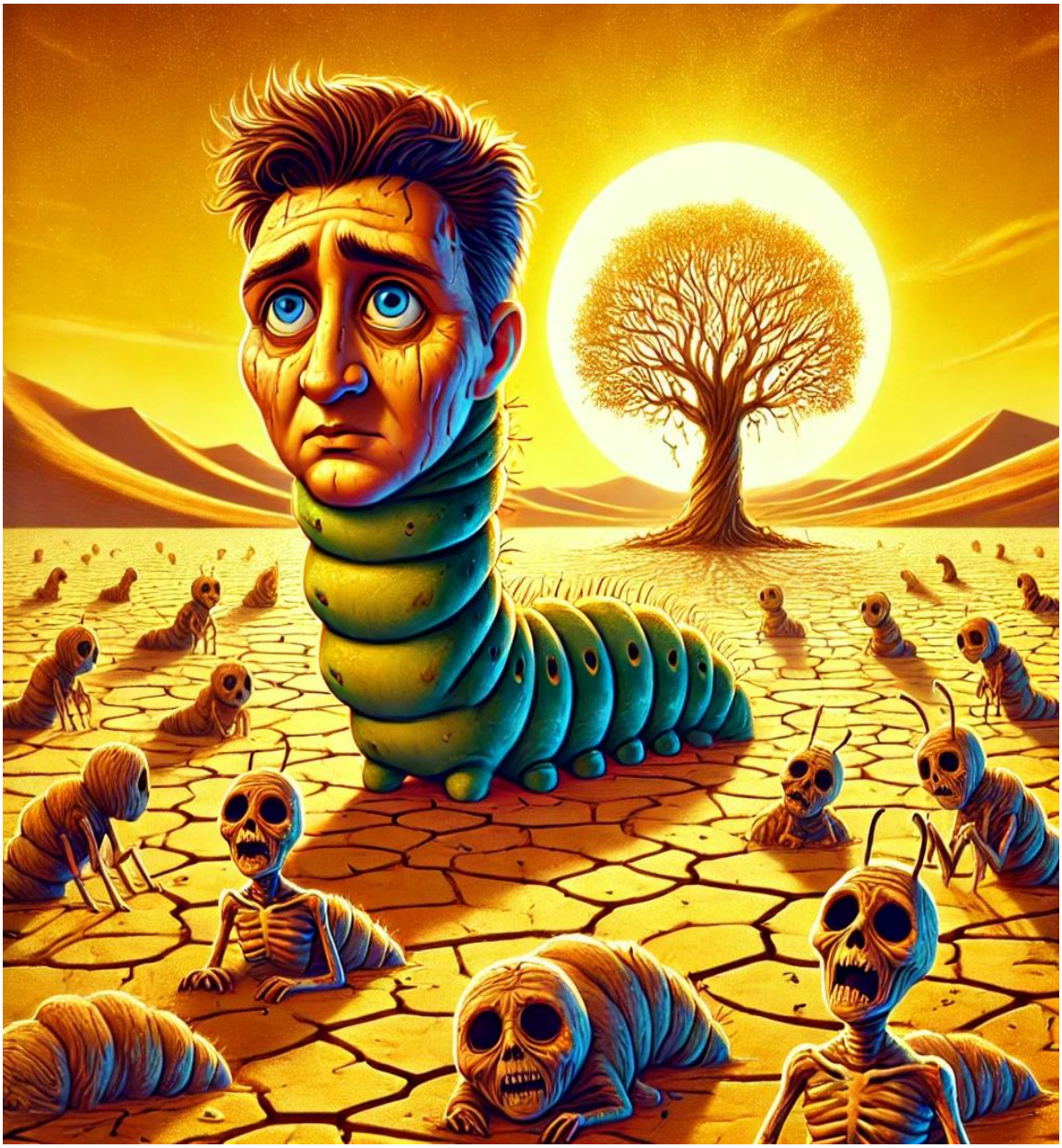
Estrategia de supervivencia

Tito diseñó una táctica meticulosa:
se desplazaría únicamente bajo el amparo de la noche, cuando el manto estrellado amortiguara la furia del sol.
Durante el día, buscaría refugio en las sombras escasas, protegiéndose del inclemente abrazo del calor.

Y, bajo ninguna circunstancia, permitiría que la desesperanza se infiltrara en su espíritu como un veneno letal.

Con su alma inflamada por la llamarada de la libertad, Tito siguió su travesía en la inmensidad abrasadora.
No sabía si alcanzaría su destino o si terminaría siendo otra huella perdida en el desierto.

Pero sí sabía una cosa...
prefería morir intentándolo que vivir arrastrado en la sumisión.



El resplandor en la oscuridad

En su segunda noche de travesía, Tito avanzaba siguiendo un tenue resplandor,
que, como un faro en mitad de un océano de arena, parecía señalarle el camino.
En su interior, anhelaba que aquella luz fuera la promesa de otro árbol,
habitado por orugas o por alguna especie de bichos bondadosos.

Mientras la luna se despedía lentamente, cediendo su reino al amanecer,
Tito escudriñaba el horizonte, buscando un refugio donde guarecerse del sol abrasador.
A medida que el cielo se teñía de tonos rojizos, vislumbró algo inusual:
una mancha de verde en la inmensidad estéril.

Era una enredadera de hojas exuberantes y palpitantes,
cuyos frutos pendían como esferas de esperanza en la aridez infinita del desierto.
Su denso follaje se extendía como un manto protector sobre dos colosales rocas,
entre las cuales se abría un angosto sendero.

Tito se deslizó por aquel umbral y, al descender unos metros,
se encontró con una fuente de agua cristalina:
un oasis escondido que parecía proponerle una invitación silenciosa.
Allí, consiguió saciar su sed, como si el desierto, por un instante, le concediera su bendición.

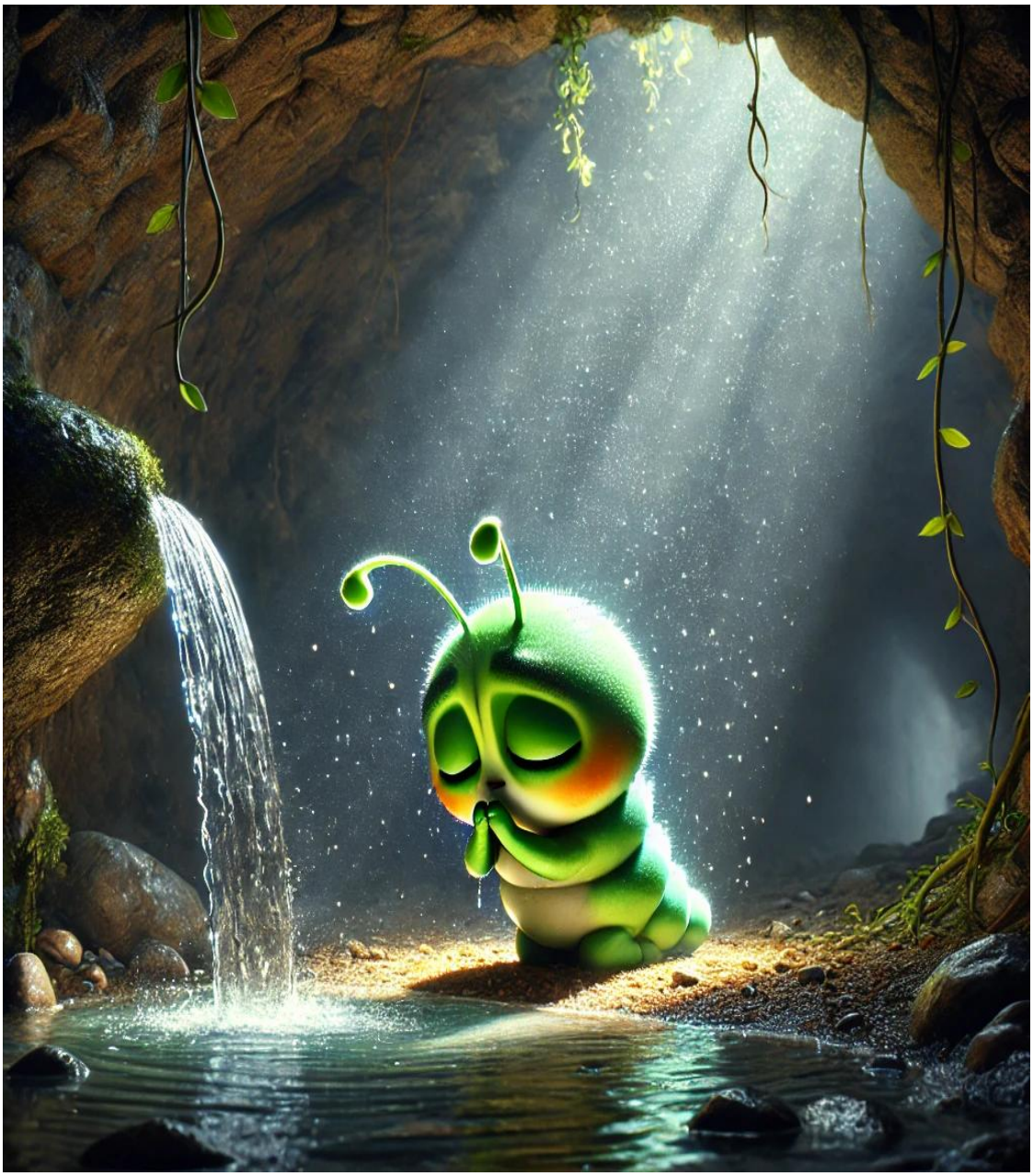
En ese momento comprendió que la vida no solo era regida por las sombras del mal,
sino que también existía una fuerza superior que velaba por los justos,
sobre todo por aquellos que dedicaban su esfuerzo a procurar el bienestar de los demás.

Aunque las acciones de Tito estaban guiadas por la bondad,
su fe en Dios era tan frágil como las alas que aún no tenía.
Como muchos otros seres, dudaba de su existencia.
Pero allí, en medio de su soledad y vulnerabilidad, sintió algo distinto.
Su espíritu, agotado por la lucha, se rindió ante la inmensidad de lo desconocido.

Se arrodilló y, conmovido, elevó su voz al cielo:

—¡Gracias, mi Dios, con toda mi alma y mi corazón!
Porque en este momento de angustia, cuando sentí que todo se desmoronaba, no me abandonaste.
Sentí tu presencia sosteniéndome, dándome fuerza cuando más la necesitaba.
¡Gracias por ser mi refugio, mi guía y mi luz en la oscuridad!
¡Gracias por no soltar mi mano y por recordarme que nunca estoy solo! —exclamó Tito, conmovido hasta lo más hondo de su ser.

Por primera vez en su vida, sintió que una paz infinita lo envolvía,
como un manto tejido con hilos de luz en medio de la más oscura tempestad.
Era una calma distinta, no la que otorga el simple descanso,
sino aquella que brota de la certeza de no estar solo,
de saberse sostenido por manos invisibles que guían incluso en el más árido de los desiertos.



El resplandor en la oscuridad

Cerró los ojos un instante y dejó que el murmullo del agua se convirtiera en un canto sagrado,
un eco de la voz divina que le aseguraba que todo tenía un propósito.
Las gotas danzaban sobre la roca con la armonía de un coro celestial,
y el aire que se filtraba por la hendidura de las piedras traía consigo la fragancia de una esperanza renovada.

Respiró hondo y comenzó a inspeccionar su nuevo refugio.
Cada rincón parecía haber sido preparado de antemano,

como si aquel lugar no fuera solo un escondite fortuito,
sino un santuario dispuesto para su descanso.

Escarbó un pequeño espacio entre las raíces entrelazadas de la enredadera
y, con paciencia, formó un lecho donde acurrucarse hasta la llegada de la noche.

Antes de entregarse al sueño, elevó nuevamente su mirada y dejó escapar otra súplica de gratitud:

"Si esta es la senda que debo recorrer, seguiré adelante.
Si este es el abrigo que me ofreces, en él confiaré."

Y con esa certeza latiendo en su pecho, cerró los ojos y dejó que su fe lo colmara de esperanza.

En su tercera noche en el desierto, Tito avanzaba con resolución,
guiado por el parpadeo de una luz distante que danzaba en el horizonte como una promesa esquiva.
La arena, aún ardiente por el beso implacable del sol, abrasaba sus patas,
mientras el viento gemía en su oído, susurrándole presagios envueltos en sombras.

Desde la cima de una duna, su mirada tropezó con una visión desconcertante:
una carreta de proporciones colosales se deslizaba sobre la arena,
con la solemnidad errante de un viejo galeón fantasma.
Su armazón, robusto y fatigado por el tiempo, avanzaba impulsado por velas deshilachadas
que atrapaban las corrientes del desierto como ráfagas marinas caprichosas,
empujándola con un vaivén que oscilaba entre lo majestuoso y lo torpe.

Al timón de aquella nave terrestre se erguía un escarabajo de caparazón bruñido,
cuyos élitros reflejaban la pálida luz de la luna como si estuvieran bañados en metal líquido.
Desde lo alto, le dedicó a Tito una sonrisa astuta, tan pulida como su coraza:

—**¡Sube, viajero!** —exclamó con voz vibrante—. Te llevaré al Árbol de la Libertad, donde la sombra es fresca y el alimento nunca escasea.

Tito, extenuado por la travesía, sintió la tentación de rendirse a la promesa de descanso.
Sus patas entumecidas anhelaban la tregua,
pero una corazonada primitiva en su interior lo hizo vacilar.

Su mirada recorrió la estructura de la carreta
hasta que una inscripción grabada en la madera le encogió el corazón:
el emblema de la patrulla de Fir,
los centinelas implacables del desierto, los guardianes del yugo.

Tito retrocedió con cautela, sintiendo cómo la sospecha se enroscaba en sus patas
como raíces de un árbol marchito.

—¿Por qué habrías de ayudarme? —inquirió, su voz templada por la desconfianza.

El escarabajo ladeó la cabeza, como un viejo mercader saboreando la ingenuidad de un cliente:

—Porque nadie debería cruzar el desierto solo —entonó con dulzura envenenada—.
Este es un lugar caprichoso, donde la arena oculta más que huellas y el viento danza en espirales caprichosos.
¿No anhelas llegar a tu destino sin fatiga ni peligros?

Tito entrecerró los ojos y miró hacia el horizonte.
Algo dentro de él le gritaba que no confiara.
Apretó las mandíbulas y, con un giro repentino, se alejó sin mirar atrás.

En su espalda pesaba el filo de una mirada calculadora;
la sonrisa del escarabajo permanecía inmóvil, aferrada a él como una sombra paciente.

Al ver que Tito no mordió el anzuelo, un engranaje oculto gimió en las entrañas de la titánica carreta.
Con un quejido metálico, como el lamento de una bestia encadenada, dos escotillas se abrieron de golpe.
De sus sombras emergieron dos carretas más pequeñas, zarandeadas por velas desgarradas que se hinchaban con la fiereza del viento.

Ágiles en teoría, pero torpes en ejecución,
avanzaban como corceles ciegos desbocados,
guiadas por dos escorpiones de pinzas aceradas y lenguas más cortantes que un machete afilado.

—¡Arría bien esas velas, dale, que el bicho se nos escurre como merengue en estera! —vociferó el primer escorpión, forcejeando con las cuerdas como un chamaco enredado con un papalote.

—¡Atrápalo por ese frente, camarada, que ya lo tenemos en la olla! —gritó el otro, peleándose con el timón como un náufrago prendido de un madero en pleno temporal.

Las carretas cercaban a Tito como dos perros jíbaros en un corral sin escapatoria.
Se lanzaban en embestidas descontroladas, pero sus jinetes apenas podían amarrar las riendas del desastre.
Tito, ligero como un suspiro, se colaba entre sus torpezas, convirtiendo la cacería en una mojiganga.

—¡Agarra al condenado, que ya lo tengo acorralado! —exclamó uno de los escorpiones, lanzándose sin medir distancias.

Y entonces, el destino sacó su chucho.
Un giro torpe, una ráfaga traicionera, y el final se escribió en el aire con letras de pólvora:

¡Booom!

Las dos carretas chocaron con la brutalidad de dos trenes sin frenos.
La arena, sacudida por el impacto, se levantó en un resuello polvoriento que tapó el desastre como un sudario.

—¡Te dije que no me cerraras el paso, pedazo de mier...! —vociferó el primer escorpión, sacudiendo las pinzas como si pudiera arreglar el desastre con berrinches.

—¡Y yo también te dije que ajustaras la vela, anormal! —exclamó el otro, frotándose el caparazón abollado mientras forcejeaba con el enredo de cuerdas.

—¡Fir lo quiere vivo! —recordó el primer escorpión, entrecerrando los ojos mientras izaba las velas con gesto adolorido.
Pero su rabia no tenía pausa.

—¡Fir lo tendrá... pero hecho picadillo! —rezongó al ver que la punta de su jeringa letal estaba tapada de arena.
—¡Me cago en todo! ¡El aguijón no sirve!
—¡Pues usa las pinzas, bobo de capirote! —se burló su compañero, inclinando su carreta con la temeridad de un loco jugando con el abismo.

Tito, aprovechando el caos, caminó más adelante.
Y entre dos grandes piedras, ató una liana de seda, tensándola hasta convertirla en un hilo fino e imperceptible bajo la penumbra de la noche.

Los escorpiones, todavía perdidos entre maldiciones y arena, lograron destrabar sus carretas y se lanzaron otra vez tras su presa.

—¡Dale, que esta vez no se escapa! —ordenó el primer escorpión, con la voz inflada de una autoridad que no tenía.

—¡Si lo perdemos, el comandante Fir nos va a voltear el caparazón! —secundó el otro, con un temblor en las tenazas que delataba más miedo que convicción.

Las ruedas chirriaron al ganar velocidad, dejando una estela de arena.
El viento, cómplice del desastre, infló las velas y los empujó directo hacia la emboscada.

—¡Aprieta esas riendas, bestia, que nos vamos aaaa—!

El grito quedó ahogado cuando las velas se enredaron en la trampa de la liana de seda.
El impacto fue brutal: las ruedas patinaron, se trabaron y luego saltaron de golpe,
mandando las carretas en direcciones opuestas.
Un crujido metálico rajó el aire cuando los ejes se partieron
y las estructuras se desmoronaron como cascarones vacíos.

—¡Por la ponzoña de mi madre, frenaaaaa—!

Demasiado tarde.

La explosión de polvo lo cubrió todo.
En medio del caos, los escorpiones salieron volando como muñecos de trapo en plena ventolera.
Giraron en el aire, patas y aguijones agitados en un ballet grotesco,
antes de aterrizar de cabeza en la arena.
Rodaron duna abajo, una maraña de patas y gritos que se perdió en la distancia.

Desde lo lejos, Tito se sacudió el polvo
con la calma de quien ha visto demasiados disparates desde la barrera.
Observó los restos de las carretas y la estela en la arena,
donde los escorpiones habían salido rodando como sacos de viandas mal amarrados.

Estos dos escorpiones no eran una excepción, sino la norma.
Eran el reflejo fiel de lo que Fir consideraba "sus leales funcionarios":
individuos envueltos en un caparazón de autoridad prestada,
con voces gruesas pero voluntades frágiles,
con aguijones listos pero mentes embotadas.

Se aferraban a sus insignias como si fueran talismanes,
creyendo que la mera posesión del poder los hacía capaces.
Pero cuando llegaba la hora de la verdad,
cuando el viento soplaba en contra y no había discursos que los protegieran,
la torpeza salía a flote como un corcho en el agua.

Así eran todos sus funcionarios.
No había en ellos ni destreza ni profesionalismo,
solo maldad y obediencia ciega,
la obediencia de quienes jamás habían aprendido a pensar por sí mismos.

Eran piezas de una maquinaria oxidada,
que chirriaban y saltaban fuera de lugar al menor intento de moverse con precisión.
Cuando recibían órdenes, las ejecutaban con la misma ineptitud
con la que estos dos escorpiones manejaban sus carretas:
sin destreza, sin control,
sin entender siquiera la lógica de la acción.

No era extraño que fracasaran,
que enredaran sus propios planes en una telaraña de incompetencia,
que terminaran culpándose unos a otros en una danza absurda de acusaciones.

Fir no reclutaba a los más hábiles ni a los más astutos.
No.
Los astutos pensaban demasiado,
y los hábiles podían volverse peligrosos si alguna vez cuestionaban una orden.

Fir prefería la mediocridad:
funcionarios que, al igual que estos escorpiones,
se creyeran fuertes solo porque llevaban un uniforme,
que se sintieran poderosos solo porque gritaban más fuerte que los demás.

Pero al final, cuando el momento exigía verdadera destreza,
todo lo que podían hacer era revolcarse en su propia torpeza,
víctimas de su propia ineptitud.

Desde lejos, Tito miró la escena y suspiró con resignada burla.
Sabía que no importaba cuántos funcionarios de Fir lo siguieran,
siempre y cuando fueran como esos dos escorpiones:
más proclives a caerse solos que a atrapar a su presa.

Pero Tito no se detuvo.
Corrió hasta que sus patas se entumecieron
y su aliento ardió como brasas en sus pulmones.
Y aun así, siguió adelante,
porque la promesa de la libertad resplandecía en la distancia,
llamándolo con el brillo de un espejismo indomable.

Cuando finalmente cayó, jadeante,
su piel cubierta de sudor y arena,
comprendió la verdad más cruel de su travesía:
el desierto no era solo un reino de arena y soledad,
también era el nido de sombras fieles al tirano.

Y si quería sobrevivir,
tendría que aprender a reconocerlas...
antes de que lo devoraran.

El miedo a que los escorpiones retomaran la caza
le dejó una sola opción:
romper una de sus reglas más sagradas.

Jamás cruzar el desierto a plena luz del día.

Pero aquel páramo indómito,
con su cielo inclemente y su suelo traicionero,

no le concedería tregua.
Un nuevo desafío lo aguardaba en el horizonte abrasador.

El viento rugió con un lamento antiguo,
levantando torbellinos de arena
que danzaban como espectros inquietos en la penumbra.

De repente, ante sus ojos fatigados, brotó lo inverosímil:
un bosque exuberante,
con copas de un verde fulgurante,
resplandecientes como esmeraldas bajo un sol piadoso.

En su corazón, un riachuelo de aguas diáfanas
se deslizaba con la delicadeza de un hilo de plata,
prometiendo promesas de frescura y alivio.

Tito parpadeó, aturdido.
Cada fibra de su ser clamaba por lanzarse hacia aquella visión redentora.
Pero, desde lo más hondo de su instinto,
una voz áspera sopló una advertencia de desconfianza:

Un bosque en el desierto... Esto no puede ser real.

Su garganta, reseca como la arena que lo envolvía,
y su cuerpo, abatido por la travesía, se negaban a escuchar razones.

Dio un paso…
luego otro.

La brisa le trajo el aroma embriagador de frutas maduras,
tan tangible, tan irresistible,
que su voluntad flaqueó como un hilo de seda al filo del viento.

—Quizás... quizás sea un milagro —pensó en voz baja,
acelerando el paso, con la esperanza ardiéndole en el pecho como un rescoldo en la penumbra.

Pero al cruzar el umbral del bosque
y sumergir sus patas en el riachuelo,
un estremecimiento extraño recorrió su cuerpo.
No sintió la frescura esperada,
sino un calor vibrante que le hormigueó bajo la piel,
como si el agua fuera un espejismo hecho de fuego.

Entonces, el viento cambió bruscamente de dirección,
y, en un parpadeo,
el bosque se desmoronó como una pintura desleída por la lluvia.

Lo que había parecido un edén
no era más que la cruel mofa del desierto.
Una vez más, el horizonte infinito y la arena abrasadora
se alzaban a su alrededor, inmóviles, impasibles,
como si nunca hubieran permitido otra realidad dentro de su reino despiadado.

Tito cayó de rodillas,
sintiendo el peso del cansancio y la sombra helada de la desesperanza.
Por un instante, la duda lo envolvió como un vendaval silencioso:

¿Y si todos mis sueños de libertad no son más que espejismos?

Pero entonces, en el rincón más profundo de su memoria,
emergieron las palabras de un viejo sabio:

"Donde vuela la imaginación, se fortalece la inteligencia."

Se puso de pie,
sacudió la arena de su cuerpo
y fijó la vista en el horizonte.

El desierto podía jugar con su mente,
envolverlo en trampas de luz y engaño,
pero jamás doblegar su voluntad.

Y así,
con el corazón firme y la mirada encendida,
siguió adelante.

La luz en el abeto

En un rincón olvidado del mundo, donde el viento arrastraba secretos al oído de los árboles, una anciana mariposa avivaba un fuego sagrado en las alturas de un colosal abeto.

La pálida luz de un pequeño mechero titilaba en la entrada de su morada:
una cavidad en el tronco, semejante a una antigua choza donde dormía la sabiduría de los siglos.

Con la ternura de quien acaricia un recuerdo,
tomó el mechero y encendió una gran fogata que había preparado con esmero durante el día.

Las llamas, como lenguas doradas hambrientas de cielo,
danzaron en la penumbra, proyectando sombras errantes sobre la corteza rugosa del árbol.

Entonces, la mariposa, de alas ajadas por el tiempo pero aún impregnadas de fulgor,
desplegó su voz en un cántico ancestral.

Era un eco de tiempos remotos:
un lamento y una celebración,
un ruego fervoroso a Dios para quebrar las cadenas que aprisionaban a las orugas bajo la sombra de gobernantes despiadados.

Con cada nota que salía de su boca,
su voz reverberaba en el tronco del abeto como un trueno dulce, cargado de historia, resistencia y ritmo.

Sus alas, de un azul imposible, brillaban con reflejos dorados mientras el fuego iluminaba sus movimientos.

Y entonces, con el fervor de una profeta vestida de música,
alzó su canto:

"El Árbol en mi Pecho"

Guaracha de Celinda, la voz que no se exilió del alma

¡Azúcar!
¡Miel y polen, néctar de mi corazón!
Me podrán cortar las alas...
¡Pero nunca la fe en Dios!

Ay, Árbol pueblo mío,
te sueño bailando callao',
entre palmas que ya no ríen
y maracas que han llorao'.

Tengo en la boca tu sal,
como beso no besao',
y en el alma un carnaval
que se quedó engavetao'.

Desde lejos yo te canto,
¡con mi bata y mi sazón!
Pero el viento no me alcanza
y se ahoga mi canción.

Tengo un vestido guardao',
pa' gozarlo en tu balcón,
y unas flores que mi abuela
dejó secas de ilusión.

"En la noche de los tiempos,
donde el miedo echó raíz,
cantan almas prisioneras,
cantan para resistir."

"Vuela alto quien recuerda,
vuela libre quien no olvida,
que el tirano se arrodilla
cuando el alma va encendida."

Canté fuerte, sí canté,
con lentejuelas la herida,
pa' que el mundo no supiera
que lloraba con mi risa.

Me aplaudían por el son,
por la voz que no se rinde,
sin saber que cada nota
era un grito que se esconde.

¡Tú elige, Padre bendito!
Dale alas, dale guía,
porque el Árbol que más duele…
¡es el que aún da vida viva!

Y esta noche, le hablé a Dios,
con mi alma derretida:
"Si yo no puedo volver…
¡elige tú la salida!"

Este grito de esperanza retumbó en la llanura del desierto como una descarga eléctrica,
un relámpago hecho de vida y desafío,
llegando hasta los árboles más remotos donde habitaban las orugas,
encadenadas por el miedo y la opresión.

El fuego crepitaba, como si aplaudiera su cántico sagrado.
La mariposa cerró los ojos, sintiendo en sus venas la vibración del destino.
Sabía que su tiempo en este mundo se desvanecía como una estrella consumida por el alba,
pero su voz… su voz resonaría en cada oruga que anhelara tocar el cielo.

Aquel canto hechizante pareció encender algo en Tito.
Sintió que algo invisible lo atraía hacia el abeto,
como si el eco de aquella ceremonia mística fuera la brújula que lo guiaría hacia su libertad.

El destino se ilumina

Tito continuó su marcha bajo el manto estrellado.
Entre el velo del cansancio y el fulgor de la vigilia,
alzó su mirada pesada y descubrió en las alturas un destello danzante:
un faro titilante entre las ramas más altas de un árbol cercano.

Su corazón, antes fatigado, tamborileó con fuerza.
Sus pasos, antes inciertos, se hicieron firmes,
como si aquella luminiscencia le tendiera un sendero invisible,
atrayéndolo con la urgencia de un llamado ineludible.

Ante él, se alzaba un titánico abeto, erguido como un guardián de la eternidad,
custodiando aquella luz que había sido su norte en la penumbra.

Al llegar a la frontera de su sombra,
descubrió una liana de seda suspendida desde lo alto:
un hilo de plata que parecía desafiar la gravedad.

No había duda: alguien, o quizá el mismo destino,
la había dispuesto allí para que él ascendiera.

El encuentro con la anciana mariposa

Tito, como aquel que nada tiene que perder, comenzó a escalar sin miedo,
con el ánimo encendido por la certeza de estar en el camino correcto.

Al alcanzar la cima, halló los vestigios de la fogata aún humeante,
como el último suspiro de una estrella que se niega a desvanecerse.

A un costado, una antigua choza incrustada en la madera,
envejecida por el paso del tiempo, parecía contener secretos que solo el viento conocía.

Con pasos medidos, Tito se acercó y empujó la puerta entreabierta.
En el interior, sentada con la quietud de quien ha danzado con los siglos,
lo aguardaba una anciana mariposa.

Su postura encorvada y su mirada insondable
reflejaban la certeza de un destino escrito mucho antes de su encuentro.

Antes de que Tito pudiera pronunciar palabra,
la anciana habló con la mesura de quien porta un mensaje sagrado,
guardado desde tiempos inmemoriales:

—¡Joven valiente, te estaba esperando! ¡Tú eres el elegido!

Tito contrajo las cejas, atrapado entre la incredulidad y el desconcierto:

—Señora, creo que me confunde. Me llamo Tito, y solo busco escapar del tirano Fir.

La anciana esbozó una sonrisa teñida de ternura,
como si sus ojos vieran más allá de las palabras, más allá del presente.

—Hijo, sé que el cansancio pesa sobre todo tu cuerpo.
No necesitas explicarme nada ahora.
Entra, descansa y sacia tu hambre sin reservas.
Esta mesa ha sido preparada para ti.
Cuando tu cuerpo recupere su vigor, te revelaré la verdad sobre quién eres en esencia.

Tito, doblegado por el hambre y la fatiga, aceptó sin titubeos la invitación.
Comió y bebió con la urgencia de quien intuye que su fuerza será puesta a prueba.
Cada bocado era un aliento nuevo,
cada sorbo, una corriente invisible electrizando su cuerpo.

Cuando terminó, alzó la mirada, chispeante de curiosidad, y dijo a la anciana:

—Gracias por el alimento, señora. ¡Que el Dios de las orugas la colme de bendiciones!
Ahora, por favor, dígame lo que debo saber.

La anciana asintió con agrado y condujo a Tito hasta el borde de la plataforma,
donde el abeto extendía sus ramas más altas como manos abiertas al infinito.

—Ven, hijo —le dijo con dulzura—. Quiero que veas algo desde aquí.
El horizonte te va a revelar la verdad sobre tu origen.

El secreto de las alas robadas

La anciana mariposa se acomodó con la serenidad de quien ha danzado con el tiempo,
permitiendo que el viento acariciara su viejo caparazón de polvo dorado.

Luego, con una voz templada por los años, comenzó su relato:

—Mi nombre es Celinda.

Su mirada, profunda y lejana, parecía perderse en los pliegues de la noche,
como si buscara entre las estrellas el reflejo de su tierra perdida.

Celinda, en su vejez, era una mariposa de alas majestuosas,
teñidas de colores vibrantes que parecían reflejar la esencia misma de su alma.

A pesar de su belleza resplandeciente
y de haber encontrado un hogar en tierras lejanas,
su corazón cargaba una herida invisible:
la nostalgia por su árbol natal, aquel del que fue arrancada sin opción de regreso.

Sus cantos, melodías impregnadas de alegría,
escondían una tristeza profunda.
No eran solo canciones,
sino oraciones elevadas a los dioses del viento y de la luna,
suplicando la liberación de su pueblo:
las orugas atrapadas en la sombra de un régimen inflexible.

Cada nota que brotaba de su ser era un eco de su dolor,
un grito silente por los que dejó atrás,
por los que jamás podría volver a abrazar.

Fir, el escorpión cruel que gobernaba el árbol y el desierto con puño de hierro,
la odiaba con una furia insaciable.
Su voz era un peligro, un fuego que ni el más despiadado de los vientos lograba extinguir.
En sus letras, el escorpión veía una amenaza,

una grieta en la armadura de su dominio,
pues mientras Celinda cantara, la esperanza seguiría viva en los corazones de las orugas.

Aunque lejos, Celinda nunca dejó de ser hija de aquel árbol solitario en el desierto.
En las noches de luna llena,
sus alas brillaban con la luz de los recuerdos,
y en el fondo de su mirada habitaba el anhelo eterno de un reencuentro imposible.

Su destino fue el de muchos:
partir sin opción de volver,
vivir con el alma dividida entre la libertad conquistada y la patria perdida.

Y así, con cada canto que el viento llevaba más allá del horizonte,
Celinda resistía,
porque mientras su voz habitara el mundo,
su tierra jamás sería olvidada.

Suspiró y miró a Tito con ternura y gravedad.
Su voz, aunque suave, tenía el peso de una verdad incontestable:

—*Tito, soy una de las pocas mariposas monarcas que lograron escapar antes de que Fir le cortara las alas a nuestro pueblo.*

El silencio que siguió fue denso,
como si el viento mismo contuviera la respiración ante el peso de su historia.

Tito la miró con asombro,
sintiendo el peso de sus palabras posarse sobre sus hombros
como un destino ineludible.

—Todos tus ancestros fueron mariposas monarca —continuó Celinda—,
pero Fir, en su crueldad, les arrancó las alas, condenándolos a una vida de servidumbre en los hilares.
Y para cercenar cualquier esperanza de libertad,
les prohibió alimentarse del algodoncillo,
la planta sagrada que nutre nuestras alas y nos eleva al cielo.
Es la única fuente de vida que nos permite alzar el vuelo.

Tito sintió que el suelo bajo él se estremecía.
Nunca había venerado a Fir,
pero jamás imaginó que su maldad alcanzara semejante abismo.

—La esclavitud de las orugas está llegando a su fin —exclamó Celinda,
con un destello de esperanza en la mirada—.
No tengo dudas de que tú serás quien libere a nuestro pueblo.

Se hizo un breve silencio.
La anciana posó sobre él una mirada seria y penetrante antes de proponerle:

—*Hijo, ¿estarías dispuesto a entregar tu vida por la libertad de tu pueblo?*

Tito no dudó:

—*¡Si mi vida es el precio de la libertad, la entregaré sin miedo!*

Celinda sonrió con orgullo,
con la certeza de quien ve germinar una semilla destinada a florecer.

—No temas, hijo.
En esencia, no se trata de morir… sino de renacer.

El renacer de Tito

Celinda se acercó a Tito
con la majestuosidad de un pergamino sagrado desplegándose en el viento.
Sus alas centelleaban,
como si guardaran en sus pliegues la luz de incontables atardeceres.

—La única forma de alcanzar la libertad —dijo con voz suave— es aceptar la transformación.

Extendió una pata delicadamente y señaló la flor sagrada:
un algodoncillo de pétalos carmesí,
vibrantes como labios encendidos por el fuego de un canto ancestral.

—Debes beber su néctar —prosiguió— y entregarte al ayuno dentro de un capullo.
Tu cuerpo se disolverá, cada partícula de tu existencia se fragmentará,
hasta convertirse en un lienzo en blanco para renacer.

Tito sintió un estremecimiento sutil
vibrando en la porcelana de su cuerpo.

Celinda lo miró con ternura,
pero con la firmeza de quien ha visto muchas vidas renacer del polvo:

—Morirás para volver a nacer —exclamó,
y su voz era un eco en el viento—.
Dejarás de ser quien eres, para convertirte en lo que siempre debiste ser.

Tito comprendió entonces que la muerte no era el fin,
sino un tránsito,
un umbral hacia algo superior.

Beber aquel néctar sería como abrir una puerta hacia un mundo espiritual,
una entrada hacia otro destino.

Se aferró a la flor
y dejó que su esencia lo inundara.

Primero, un dulzor embriagador acarició su garganta;
luego, un calor abrasador recorrió su ser
como un relámpago expandiendo su propia tempestad.

El sueño llegó de inmediato.
Sus patas apenas pudieron sostenerlo mientras tejía,
con sus propios hilos, el ataúd de seda que lo abrazaría en su renacimiento.

Dentro de la crisálida,
el tiempo se volvió una melodía sin principio ni fin,
una danza lenta donde su cuerpo dejó de pertenecerse.

El hambre fue su primera prueba;
su vientre clamó como un trueno.
La sed lo golpeó como el eco de una tormenta distante.

Pero luego... todo se desvaneció.

Su piel se disolvió como arena en el viento,
sus músculos se derritieron en un bálsamo tibio,
sus huesos se fragmentaron hasta convertirse en un río de memoria líquida.

Él ya no era Tito.
Ya no era oruga.
Ya no era materia.

Fue entonces cuando comenzó a sentir algo que se gestaba dentro de la oscuridad:
un brillo que pulsaba como el latido de una estrella en formación.

Su esencia, su alma, comenzó a reordenarse,
a trazar nuevos caminos dentro de aquel caldo primigenio.

Y, en la penumbra, escuchó la voz de Celinda,
un canto religioso que atravesaba las paredes de su capullo,
un murmullo suave como un soplo de eternidad:

> **"Quien se consume por la libertad de los suyos no muere, trasciende.**
> **¡Transciende, Tito, transciende!"**

Hasta que, de pronto, un crujido quebró el silencio.

La crisálida se agitó.
La seda se rasgó.

Tito despertó exaltado.
La luz lo golpeó como una ráfaga de fuego divino.

Con esfuerzo, emergió de su encierro
y sintió el peso de algo nuevo sobre su espalda.

Se acercó a un charco de agua
y, al mirarse, la oleada de emoción lo atravesó como un relámpago.

Su reflejo le devolvía la imagen de un ser distinto.

Sus alas eran vastas, infinitas,
como estandartes rojizos y dorados ondeando en el viento.

Su cuerpo, antes diminuto y frágil,
ahora emanaba poder y esplendor.

Era libre.

Y, en lo alto del abeto,
Celinda sonrió, batiendo sus alas con el ritmo de un tambor
que anunciaba la llegada de un nuevo sol.

El aprendizaje antes del vuelo

Celinda, sabiendo que la batalla más ardua aún estaba por librarse,
compartió con Tito los conocimientos sagrados del antiguo libro:
La Sabiduría de los Bichos.

Y citó un fragmento:

> **"Para cambiar un destino, no basta con desplegar las alas.**
> **Hay que saber hacia dónde apuntarlas y por qué volamos."**

— le decía con mirada serena—.

Con paciencia y dedicación, la anciana mariposa le enseñó todo lo necesario
para enfrentarse a los gobernantes de otros árboles.

Su mente debía ser tan brillante como sus alas,
su voz tan firme como el viento que lo sostendría en el aire.

Así, dedicaron cada instante al aprendizaje,
esperando la llegada de la gran corriente de aire
que lo conduciría a **Vegaluz**, la ciudad iluminada.

El día llegó.
El viento sopló con la solemnidad de un presagio,
y Celinda supo que la despedida era inevitable.

Se posó frente a Tito
y, con la ternura de un artista que da la última pincelada a su obra,
apoyó suavemente sus patas sobre las alas aún temblorosas de su discípulo,
sintiendo en ellas el eco lejano de su propia juventud.

Sus ojos, erosionados por los años pero iluminados por la sabiduría,
destellaban entre el orgullo y la melancolía.

—Hijo, el destino te llama.
No vueles solo con fuerza, sino con propósito.
No hables solo con coraje, sino con sabiduría.
Un líder no es aquel que impone su voluntad,
sino quien ilumina el camino.

Tito sintió un nudo en la garganta.
La brisa revolvía a su alrededor un torbellino de polvo dorado,
como si el propio mundo sintiera la inminencia de la despedida.

—Maestra... —susurró,
pero Celinda lo interrumpió con una sonrisa
que contenía la dulzura de quien sabe que su misión está cumplida.

—No temas volver la vista atrás,
pero jamás detengas tu vuelo.
En cada ráfaga de viento sentirás mi abrazo,
en cada hoja danzante escucharás mi canto.
Y cuando el cielo parezca infinito y solitario,
recuerda que la libertad no es solo alcanzar lo más alto,
sino comprender por qué vuelas.

Una lágrima rodó por la mejilla de Tito,
evaporándose antes de despedirse.

Inspiró hondo, desplegó sus alas recién nacidas
y, con una última mirada a su maestra,
se entregó a la brisa.

Celinda lo siguió con la mirada
hasta que su silueta dorada se fundió con las nubes.

Cerró los ojos
y elevó al viento su última oración,
dejando que su bendición viajara con él
hasta donde la libertad lo llamara.

El cielo lo recibió.

Después de un largo rato danzando al capricho del viento,
Tito distinguió a una mariposa solitaria surcando el aire en su misma dirección.

Sus alas, de un naranja intenso con bordes negros y puntos blancos,
resplandecían bajo la luz del sol,
como si cada aleteo sembrara destellos de esperanza en el cielo.

Tito, que jamás había contemplado una hembra tan hermosa, tan radiante,
se acercó con el corazón curioso y el alma alerta,
con la reverencia de quien toca un milagro.

—Buenas tardes, señorita.
¿Este es el viento que conduce al Árbol de Vegaluz?

La mariposa, que llevaba un delicado velo ondeando al ritmo del vuelo,
giró el rostro y lo miró con una sonrisa luminosa.

—Sí, este es el sendero de la libertad.
Me llamo Shakina. ¿Y tú?

—Yo me llamo Tito —respondió con firmeza—.
Vengo del Árbol de la Felicidad.

Al oír esas palabras, el brillo en los ojos de Shakina cambió.
Su mirada se amplió con asombro,
y su aleteo se volvió juguetón.

—¿Dices que vienes del Árbol de Alcatraz? —dijo con una mezcla de risa y sorpresa—.
Así lo conocemos los que volamos lejos.
¡Qué ironía llamarlo de la Felicidad!

Tito la miró, confundido.

—Para nosotros, ese siempre fue su nombre...

Shakina descendió levemente en su vuelo, acompañándolo más de cerca.

—Solo quienes lo habitan lo llaman así.
Para el resto de los bosques del mundo,
es un lugar de encierro.

Pero entonces, con dulzura y un matiz de curiosidad, le preguntó:

—Dime, ¿cómo lograste escapar de allí?
Tengo entendido que el gobernador Fir corta los sueños
antes de que se conviertan en alas.

—Me rebelé —dijo Tito con voz suave—.
Aprendí a confiar en mí.
Y una anciana me mostró el secreto del vuelo.

Shakina asintió, admirada.

—Entonces eres uno de los nuestros.
Los que han sentido las cadenas... y aún así decidieron volar.

Hizo una pausa, como si recordara su propia historia,
y luego, con dulzura, comenzó a contar:

—Yo nací entre las ramas cerradas del Árbol Musul,
donde las hembras mariposas eran cubiertas con telas opacas,
no solo en el rostro, sino en el alma.

—Allí, nuestros aleteos eran vigilados,
nuestras voces reprimidas,
y nuestros sueños... enterrados.

Sus ojos se perdieron un instante en el horizonte,
pero luego recuperaron el brillo alegre que la caracterizaba.

—Desde joven supe que ese no era mi destino.
Escapé de ese árbol con el alma temblando,
pero con las alas firmes.
Y llegué aquí, a Vegaluz,
donde nadie me pidió esconderme,
donde mis cantos y mis danzas son bienvenidos en cada rama.

Tito la miró con respeto.
La historia de Shakina no era una herida,
era fuego.

Una llama que no solo alumbraba su pasado,
sino también el camino de otras.

—¿Y eres feliz aquí? —preguntó Tito,
con inocencia y sincera curiosidad.

—Feliz, libre y viva —respondió ella,
con una risa musical—.

—Aquí aprendí que mis alas no eran pecado, sino promesa.
Que el viento no era enemigo, sino aliado.
Y que la libertad es una danza sagrada, no un crimen.

El viento soplaba suave,
y ambos mariposos se deslizaron en armonía,
como si el cielo mismo celebrara ese encuentro.

Tito, por primera vez en mucho tiempo,
se sintió ligero.
No solo por lo aprendido,
sino por saber que no estaba solo.

Y fue en ese instante de silencio sagrado,
cuando la verdad, como brisa entre hojas antiguas,
comenzó a contarse sola.

Una historia olvidada emergió desde lo profundo del bosque,
contada por la memoria de los árboles:

> **"Desde el Árbol Musul hasta el Árbol de Alcatraz,**
> **todos los árboles que intentan encerrar el alma**
> **acabarán perdiendo hasta a sus criaturas más hermosas y talentosas.**
> **Porque las mariposas que despiertan... ya no vuelan: iluminan."**

Shakina no era como las demás.
Nació en un mundo donde las alas femeninas eran motivo de vergüenza,
donde el deber se confundía con la opresión,
y donde el vuelo era un privilegio negado.

En aquel árbol,
el simple deseo de volar era interpretado como una rebeldía,
y su género, como una ofensa.

Su cuerpo era territorio ajeno,
su voluntad un suspiro prohibido,
y su espíritu, una propiedad heredada.

Muchas hembras mariposas crecieron creyendo que su destino era obedecer, no volar.
Que sus alas eran un pecado, no una promesa.

Pero Shakina…
Shakina encontró una grieta en la corteza.

Se deslizó entre las sombras, desafió el miedo,
y guiada por un canto secreto que solo las valientes pueden oír,
alzó el vuelo hacia Vegaluz.

Allí comprendió
que su valor no dependía del árbol donde nació,
ni del velo que un día la cubrió,
ni del nombre que se le impuso...

sino del brillo que llevaba por dentro desde su crisálida.

Porque ningún dogma, por profundo que esté enterrado,
puede encadenar para siempre a quien nació con alas.

Y que no se diga que solo las hembras del Árbol Musul necesitan romper cadenas.
En cada rincón del bosque hay hembras mariposas silenciadas,
tratadas como sombra, como objeto, como culpa.

Pero cada una —sin importar su origen, su color o su tradición—
es una chispa del cielo.
Y merece volar.

Que ningún árbol se excuse en el nombre del deber para cortar alas.
Que ninguna cultura disfrace su miedo de inferioridad de costumbre.

Porque las mariposas, cuando descubren su derecho a ser,
ya no solo vuelan…

iluminan con sus cantos y sus danzas.

Y las alas de Shakina no solo surcan cielos nuevos…
también abren caminos para todas las que aún no han encontrado el suyo.

Hubo un silencio suave,
como si incluso las hojas quisieran escuchar más.

Entonces Tito, con un brillo de admiración en la mirada,
rompió el murmullo del bosque:

—¿Y cómo lograste escapar?

Shakina lo miró con ternura,
y una sonrisa melancólica curvó sus labios:

—Seguí el viento —respondió—.
Siempre hay una corriente que sopla hacia la libertad...
solo hay que aprender a reconocerla.

Tito la observó con respeto.
Ahora comprendía que Shakina no era solo una viajera más,
sino alguien que, como él, había luchado por encontrar su propio vuelo.

Mientras reflexionaba sobre su historia,
sintió cómo el cansancio comenzaba a apoderarse de su cuerpo.

Su aleteo, antes firme, se volvió errático,
y sus alas temblaron por el esfuerzo.

Shakina, notándolo, esbozó una sonrisa serena.

—Tito, estás agotado.
Volar no se trata solo de batir las alas sin descanso.
Debes aprender a fluir con el viento.

Tito la miró con curiosidad,
intentando recuperar el aliento.

—¿A qué te refieres?

—Observa —dijo Shakina,
extendiendo sus alas y dejando de batirlas.

Su cuerpo descendió levemente,
pero luego se estabilizó,
deslizándose con elegancia sobre una corriente invisible.

—Siente la brisa.
No luches contra ella.
Déjate llevar.

Tito intentó imitarla,
pero al dejar de aletear se precipitó peligrosamente.
Recuperó la estabilidad con un aleteo torpe
y miró a Shakina con frustración.

—No puedo.
Si dejo de batir mis alas... caigo.

—Es porque aún no confías en ti mismo —le dijo Shakina con paciencia—.
Cierra los ojos y siente cómo la corriente te sostiene.
Extiende tus alas y deja que el aire haga el trabajo.

Tito dudó, pero decidió intentarlo.

Cerró los ojos, dejó de agitar las alas,
y, por un instante, sintió que caía.

Sin embargo, cuando se concentró en la brisa a su alrededor,
notó que su cuerpo se sostenía en el aire,
deslizándose con suavidad.

Abrió los ojos y vio que ya no se esforzaba por volar;
el viento lo transportaba con la misma ligereza
con la que mueve las hojas caídas.

—¡Lo logré! —exclamó Tito, emocionado.

Shakina sonrió.

—Lo lograste porque entendiste el secreto del vuelo:
no es solo cuestión de fuerza, sino de confianza y sabiduría.

Tito sintió una profunda gratitud y satisfacción.
Había aprendido algo fundamental en su viaje,
y ahora se sentía más preparado para continuar y disfrutar del vuelo.

—Dime, Shakina...
¿qué sabes del gobernador de Vegaluz?
La anciana Celinda me dijo que él podría ayudarme.

Shakina arrugó la frente,
y su aleteo pareció tornarse más grave.

—Tito, llegas en tiempos turbulentos.
Si hubieras arribado unos días antes,
habrías conocido la generosidad de Joseph,
el guardián de las orugas errantes.

—Bajo su sombra, ningún capullo se cerraba por hambre,
ninguna larva temblaba de frío,
ningún sueño se marchitaba antes de alzar el vuelo.

—Joseph no solo alimentaba a las orugas desplazadas
por regímenes que les robaban el derecho a la metamorfosis;
les ofrecía refugio, abrigo,
y la dignidad del trabajo en los hilares de seda,
donde cada hebra tejida era un nuevo comienzo.

—Su bondad era un río que fluía sin esperar nada a cambio,
y por eso, en los soplos del viento,
muchas orugas creían que era descendiente directo
de un ángel de las orugas llamado San José,
el protector de los indefensos.

—Bajo su liderazgo, Vegaluz no solo era un árbol majestuoso,
sino un faro en medio de la tormenta,
un hogar para quienes llegaban
con las alas rotas y el corazón exhausto.

Shakina bajó la mirada, y su voz se tornó grave:

—Pero ahora los vientos han cambiado, Tito.
Y el camino hacia la libertad se ha vuelto más incierto.

Joseph ya no estaba.

Su luz se apagó entre las sombras de la arboleda,
y con su partida, los tallos que antes sostenían a las orugas más frágiles
empezaron a marchitarse.

El nuevo gobernador, **Donaldo**,
había tomado el control con una visión distinta.

Ya no se tendían ramas para acoger a los exiliados;
en su lugar, los troncos se volvían ásperos,
las hojas se cerraban como un puño,
y la brisa que antes soplaba esperanza
traía consigo la frialdad de la indiferencia.

—Donaldo no es tan receptivo con los forasteros —continuó Shakina,
con una sombra de preocupación en la mirada—.
Muchos temen que su forma de gobernar favorezca solo a los más fuertes.

Sin conocerlo,
ya el nombre de Donaldo le pesaba a Tito como una roca en el pecho.

Shakina, notando su inquietud,
le habló con la serenidad de quien conoce bien los ciclos de la vida:

—Pero no todo está perdido.
Vegaluz no es el Árbol de Alcatraz.
Aquí, el poder no está en manos de un solo gobernante.
El Congreso de mariposas tiene voz y voto en todas las decisiones importantes.
Si logras convencerlas, tal vez puedas conseguir apoyo.

Tito volteó su rostro hacia el frente.

Las sombras de la duda aún nublaban su mente,
pero en lo más profundo de su ser,
la chispa de la determinación comenzaba a encenderse de nuevo.

El vuelo de la libertad nunca era fácil,
pero mientras quedara una brisa a la que aferrarse,
él seguiría adelante.

Tito, al inclinar su cabeza hacia abajo,
vio la silueta de la gran ciudad en el horizonte.

Desde lo alto,
el Árbol de la Felicidad parecía un punto diminuto en la distancia.

Sabía que había conseguido su libertad,
pero su verdadera misión apenas comenzaba.

El asombro de un nuevo mundo

Cuando la urbe de **Vegaluz** despuntó en el horizonte,
Tito sintió en su interior un torbellino de júbilo y desasosiego.

Desde las alturas,
su mirada se posó en un mundo ajeno,
una metrópoli vibrante
erigida sobre un entramado de ramas frondosas
que mostraban historias al viento.

A diferencia de su terruño,
donde el aire pesaba con la carga del miedo y la resignación,
aquí flotaba una esencia distinta,
impalpable pero inconfundible:
la libertad.

Los insectos danzaban en el aire
con la libertad de quien sigue el ritmo de su propia esencia.

Cada criatura desempeñaba un papel,
no por mandato,
sino por naturaleza.

Las orugas ascendían sin impedimentos,
las mariposas de mil matices debatían en perfecta armonía,
y los escarabajos, diligentes,
orquestaban con maestría el tránsito del viento.

Aquel espectáculo
era el reflejo vibrante de que un equilibrio más justo y solidario
no era solo un anhelo lejano,
sino una verdad palpable que flotaba, viva,
en la urbe de Vegaluz.

Sin embargo,
a medida que Tito descendía,
una sombra de incertidumbre se filtró en su pensamiento:

Si un mundo así era posible,
¿por qué su pueblo seguía encadenado a una farsa?
¿Por qué nadie había extendido una mano para liberarlos?

Shakina, percibiendo su conflicto interno,
continuó hablándole con voz serena,
mientras lo guiaba hacia el corazón de las ramas del gran árbol.

Cuando llegaron a la gran rama blanca —
residencia del gobernador y sede de las mariposas congresistas—
tuvieron que despedirse.

Ambos sabían que habían forjado un lazo genuino de amistad,
pero ahora, cada uno debía seguir su propio vuelo.

La reunión con el Congreso y Donaldo

A diferencia de las mariquitas asambleístas del Árbol de la Felicidad,
que refrendaban sin titubeos las leyes dictadas por el escarabajo Fir
en su propio beneficio,
el Congreso de Vegaluz
se erigía como un faro de integridad y sabiduría.

Este ilustre cuerpo legislativo
estaba compuesto por mariposas de pensamiento lúcido e incorruptible,
auténticas centinelas de la justicia y del equilibrio en el Árbol.

Su compromiso no solo radicaba en la defensa de la ley,
sino también en la protección del conocimiento
y el fomento del bienestar colectivo.

Eran guardianas del orden natural,
tejedoras de consensos
y arquitectas de un futuro próspero para todas las criaturas del árbol.

Ningún gobernante,
por imponente que fuera,
podía arrebatarles las atribuciones
que les confería el venerado Libro de la Ley de Vegaluz.

Para muchos,
esa obra sagrada encarnaba el máximo ingenio
de toda la historia de los bosques del mundo.

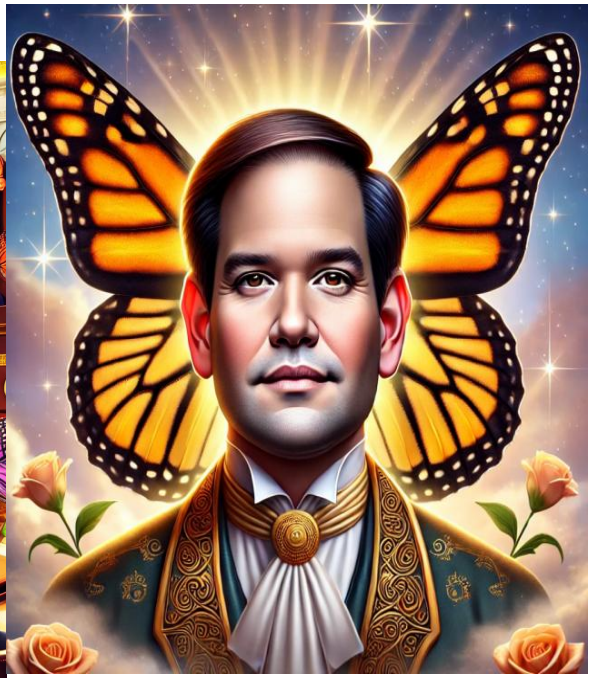
Los árboles que acogían sus preceptos
florecían con vigor,
y prosperaban en armonía,
fomentando la paz con sus vecinos.

Su contenido no solo garantizaba normas justas,
sino que también inspiraba a los habitantes de Vegaluz
a participar activamente en la toma de decisiones,
con el convencimiento de que el poder
no debía concentrarse en unos pocos,
sino irradiar como el Sol.

Los más fervientes custodios de esta obra
aseguraban que su grandeza
residía en la exaltación del pensamiento libre
y en la salvaguarda de la innovación,
sin temor a represalias.

A diferencia de otros árboles
sometidos al yugo de tiranos,
en Vegaluz ningún sabio, inventor o líder temía por su integridad,
pues su autoridad no se cimentaba en la opresión,
sino en la observancia de normas justas y equitativas,
tan firmes como las raíces de un roble centenario.

Una de las mariposas más memorables
entre todo el gabinete que conformaba el Congreso de Vegaluz
era **Rubi**,
un congresista de alma clara,
intachable e incorruptible,
nacido del linaje sagrado de las primeras mariposas
que escaparon del Árbol de la Felicidad
antes de que Fir les cortara las alas.



De porte erguido y mirada luminosa,
Rubi tenía el cuerpo firme
de quien ha resistido muchas tormentas,
y las alas amplias, decoradas con vetas doradas
que brillaban al sol como símbolos de esperanza.

Su voz serena imponía respeto sin necesidad de levantar el tono;
hablaba poco,
pero cada palabra suya era semilla fértil.

Luchaba sin descanso contra la tiranía
que aún ennegrecía las ramas de ese árbol antiguo,
llamado Árbol de la Felicidad.

Desde su escaño en Vegaluz,
legislaba con temple en favor de los refugiados y forasteros,

dando albergue legal
a quienes el viento había expulsado de sus raíces.

Sembraba esperanza donde reinaba el olvido,
devolvía alas a los que ya no soñaban.

Rubi mantenía una relación de respeto y cordialidad
con el gobernador Donaldo,
aunque era consciente de que Donaldo
no siempre tenía claro el rumbo de su propio proyecto.

Aun así,
Rubi creía en el diálogo y en los puentes,
no en los muros.

Porque su causa era simple y poderosa:
la libertad.

Tito irrumpió en el Congreso de Mariposas
con la solemnidad propia de un soberano del bosque.

La noticia de su llegada
se dispersó como un soplo de néctar en primavera,
y en pocas horas,
la sala de deliberaciones
se vio repleta de líderes
que abandonaron sus asuntos más urgentes
solo para atestiguar su presencia.

Su historia era prodigiosa:
la primera oruga en desafiar las garras implacables de Fir
y sobrevivir para convertir su hazaña en leyenda.

Sin embargo,
no todos quedaron cautivados.

Por la majestuosa puerta del recinto,
entró **Donaldo**,
el recién ungido gobernador de Vegaluz.

Su caparazón dorado resplandecía bajo la luz filtrada,
y cada uno de sus pasos exhalaba una gravedad estudiada.

A diferencia de su antecesor,
Donaldo contemplaba los asuntos externos con una lente distinta:

sostenía que cada árbol debía enfrentar sus tempestades
sin que otras ramas se inclinaran en su auxilio.

Era una mariposa monarca descomunal,
de alas dorado-naranja que parecían haber sido sumergidas
en néctar de vanidad
y pulidas con polvo de espejos.

En lo alto de su cabeza,
mechones de pelusa dorada
se erguían con la altivez de coronas inmutables,
como si el viento mismo temiera despeinarlos.

Su abdomen, abultado y solemne,
le daba el aspecto de una crisálida
que se rehusaba a terminar su metamorfosis,
aferrada a una gloria prematura.

Se sostenía sobre patas diminutas
que temblaban bajo su propia grandeza,
aunque nunca admitiría grieta alguna en su estampa.

Sus ojos entornados destellaban
con la sagacidad de quien se siente emperador sin corona.

En ellos latía la arrogancia serena
de los que han sido escuchados toda la vida
sin ser desafiados.

Desde su larga trompa —
curvada como un signo de exclamación barroco—
fluían palabras milimétricamente coreografiadas,
impregnadas de un dramatismo tan denso
que hacía vibrar el aire
como si cada sílaba cargara el peso de una profecía.

Sabía llenar el espacio
como un coreógrafo del viento:
ocupaba cada rincón del silencio
con la precisión de quien danza entre sombras,
seducía con pausas que sabían a embrujo,
hipnotizaba con énfasis que latían
como tambores ceremoniales.

Su voz se alzaba justo cuando las miradas comenzaban a desvanecerse,
y entonces —con la majestad de un alquimista del aire—
las traía de regreso,
atrapadas en la ilusión de estar presenciando un prodigio celestial.

Donaldo era un virtuoso en el arte de la propaganda de sí mismo.
Cada discurso, cada batir de alas, cada suspiro,
era parte de un libreto pulido con obsesiva devoción
para engrandecer su reflejo.

Y, sin embargo,
nadie podía negar su incansable labor.

Perfeccionista.
Meticuloso.
Tenaz.

No se le podía acusar de holgazanería,
pero muchos —en voz baja—
se preguntaban si su incansable entrega era por el bosque…
o por seguir esculpiendo su efigie en la memoria del mundo.

—Hemos escuchado tu historia, Tito —dijo Donaldo al acercarse,
con su voz grave y pausada,
cada sílaba cayendo como una hoja dorada que se niega a tocar el suelo—,
pero dime, ¿por qué deberíamos involucrarnos en los asuntos del Árbol de Alcatraz?

Los otros habitantes del recinto guardaron silencio.
Sabían que cuando Donaldo hablaba,
no esperaba respuestas,
sino confirmaciones.

Tito quedó inmóvil,
como si el tiempo lo hubiera esculpido en una estatua de savia detenida.

Aquella pregunta contenía el peso de todo su viaje,
el dilema que lo había llevado hasta allí.

Con la voz firme, Tito respondió:

—Porque lo que sucede allá no es solo una herida de mi pueblo,
sino una amenaza para todos.
Si permitimos que la tiranía de Fir eche raíces,
pronto otros árboles se verán envueltos en la misma penumbra.

Algunas mariposas asintieron.
Murmullos de duda y reflexión revoloteaban entre ellas.

Pero Donaldo esbozó una sonrisa cargada de escepticismo.

—Los ideales son hermosos cuando flotan en el aire, muchacho,
pero aquí nos regimos por realidades —dijo con frialdad—.
Mi deber es velar por Vegaluz,
no exponer sus recursos en luchas que no nos pertenecen.

Tito apretó las mandíbulas.
La rabia y la impotencia ardían en su pecho,
pero sabía que debía contenerse.

Sus ojos recorrieron el Congreso,
buscando en cada par de alas un destello de esperanza.

Con la voz teñida de súplica y convicción, proclamó:

—No vengo a pedirles que peleen por mí.
Solo les ruego que no cierren los ojos,
que no desvíen la mirada como si mi pueblo fuera un soplo perdido en el viento.

Porque mientras mi árbol siga prisionero bajo el yugo de Fir,
la libertad de Vegaluz seguirá pendiendo de un hilo.

Aún ajeno a las marañas del orden vegaluzano,
Tito observaba con asombro
cómo aquellas mariposas legisladoras revoloteaban en torno a su causa.

Algunas batían sus alas con fervor combativo,
exigiendo vendavales de represalias contra Fir
y otros gobernantes tiranos.

Otras, en cambio, advertían
sobre las tormentas que podrían desatarse
si el auxilio era demasiado evidente,
temiendo los rugidos de las grandes organizaciones de paz
que velaban por la arboleda global.

Entre aleteos impacientes
y ráfagas de discursos enfrentados,
Tito comprendió que la ayuda
no solo dependía del deseo de justicia,
sino también de los conexiones invisibles
que tejían el juego de poderes
en las altas ramas de Vegaluz.

El ambiente estaba cargado de tensión
cuando, de repente,
Donaldo volvió a tomar la palabra,
con un batir de alas pesadas.

Su imponente figura eclipsó la sala de nuevo,
y su voz, rasgada y profunda,
se impuso sobre la discusión
como un trueno en medio de la tormenta:

—¡Basta de discursos vacíos!
¿Por qué hemos de arriesgar nuestra estabilidad
por unas orugas que no han sabido valorar
ni ganarse su propia libertad?

Un estremecimiento recorrió a Tito de patas a cabeza.
¿Cómo podía decir eso un líder
que, hasta hacía poco,
se había mostrado amigo de la causa de la libertad?

Algunas mariposas congresistas
reaccionaron con indignación.

—Gobernador Donaldo,
nuestro anterior líder, Joseph,
prometió respaldar la causa de Tito y de su pueblo.
No podemos darle la espalda ahora.
El Árbol de Alcatraz sigue oprimiendo a miles de orugas
—argumentó una mariposa de alas doradas con vetas rojas,
su tono vibrando con la pasión de la justicia.

Donaldo acomodó su atuendo
con un gesto de fastidio
y respondió con frialdad:

—¡No me hablen de promesas!
Las promesas cambian cuando el viento sopla en otra dirección.
He recibido noticias de que los escarabajos del Este,
aliados de Fir,
nos ofrecen un trato más conveniente.
¿Por qué enemistarnos con ellos
cuando podemos negociar?

Las mariposas alzaron sus voces en protesta.
El Congreso vibraba con el peso de la traición.

Tito, enmudecido por la revelación,
sintió cómo sus patas temblaban sin control.

—Pero… usted mismo dijo que la libertad debía ser protegida…
—logró decir Tito con una voz tenue,
apenas un eco de su propia convicción.

Donaldo lo miró con desdén
y esbozó una sonrisa burlona,
tan afilada como la garra de un depredador.

—Muchacho mal vestido,
en este mundo no hay ideales,
solo intereses.
La libertad es un juego de palabras
para quienes no comprenden el poder.
Si quieres salvar a tu gente,
aprende a moverte en la corriente…
o acabarás ahogado en ella.

Tito había trazado un plan detallado
para negociar la ayuda que necesitaba.

Sabía que debía medir sus palabras con precisión,
pero la arrogancia de Donaldo
convirtió el diálogo en una batalla de egos.

Cuando el gobernador se burló de su apariencia,
algo en Tito se quebró.

Cegado por la indignación,
olvidó su estrategia
y escupió sus palabras sin pensar en las repercusiones:

—¡Señor Donaldo!
¿Con qué descaro se pasea como el piojo más altanero de su cabellera,
cuando su riqueza viene de hacer trampa en sus ramas de apuestas?
¿Con qué derecho juega a ser patrón,
como si el mando de ser gobernador fuera un chiste sin importancia?
¡Usted maneja el poder como si fuera una feria arreglada,
donde el premio ya está decidido de antemano,
como lo hacía en el concurso de mariposas de las alas más bellas!
Y ya que hablamos de juegos sucios…
¿qué me dice de sus visitas al Árbol Virgen
en compañía de sus compinches de mala fama?

El ambiente se tornó denso,
como si una tormenta estuviera a punto de soltar su primer trueno.

En la sala,
algunos fingieron no haber oído,
otros se miraron de reojo,
midiendo el tamaño del problema.

Donaldo, con las antenas tensas
y el orgullo herido bajo su máscara de grandeza,
agitó una de sus ostentosas alas
y vociferó:

—¡Osado, desagradecido!
No solo me has faltado el respeto a mí,
sino a todos los contribuyentes,
los verdaderos pilares que sostienen
la colosal estructura del Árbol de Vegaluz.
¡No soy yo… son ellos, los héroes invisibles,

quienes han cargado sobre sus espaldas
el peso de un mundo en decadencia,
mientras insectos como tú
solo exigen… exigen… y exigen,
sin siquiera tener la decencia de inclinar la cabeza en señal de gratitud!

Respiró hondo,
intentando domar el huracán que rugía en su interior.

Dio media vuelta;
su silueta temblaba de ira…
pero el enojo, indomable,
lo hizo girar de nuevo
con un resplandor helado en los ojos.

Su voz tronó como un relámpago en la sala:

—Escucha bien, forastero ufano.
¿Sabes cuáles serían las consecuencias de nuestra ayuda?
¿Entiendes el abismo que se abrirá si decidimos involucrarnos en tu conflicto?
¡Estamos hablando de una confrontación que incendiará todos los árboles continentales,
un infierno que devorará todo a su paso,
y en medio de las llamas, Vegaluz será uno de los más golpeados!

El eco de sus palabras reverberó contra los muros.

Avanzó un paso,
su sombra creciendo como una tormenta sobre Tito.

—Yo represento a cada habitante de este árbol,
aquellos que han trabajado sin descanso en los hilares,
aquellos que han tendido sus ramas para sostener este paraíso.
¡Y aún así, los insectos de otros árboles siguen viniendo con sus exigencias,
con sus súplicas,
pero también con su veneno!

Se detuvo un instante,
y el silencio se tensó como una cuerda a punto de romperse.

Su voz se volvió más sombría:

—Sí, la mayoría de las orugas vienen a trabajar…
pero entre ellas,
se ocultan los emisarios de nuestros enemigos.
¡Saboteadores!

¡Intrusos que no vienen a construir,
sino a contaminar!
Vienen a imponer su forma de vida equivocada,
a socavar la cultura ejemplar de Vegaluz
con sus costumbres atrasadas,
con sus ideas retorcidas,
con sus malas conductas.
¡No se conforman con vivir aquí,
quieren transformar nuestro árbol
en una réplica enferma de las arboledas en las que fracasaron!

Sus alas se abrieron de golpe,
proyectando sombras danzantes en las paredes del recinto.

La tensión en la sala era tan densa
que apenas se podía respirar.

Donaldo continuó,
escupiendo cada palabra como si fueran piedras encendidas:

—Y mientras ellos invaden nuestras ramas, ¿qué hacemos nosotros?
¡Los acogemos!
¡Les damos techo, néctar, trabajo!
¿Y qué nos dan a cambio?
¡Desorden, ingratitud y caos!
¡Y aún así se atreven a pedir más!

Repitió esas palabras con una mueca de desprecio,
bamboleando su quijada,
como si el solo pensarlas le provocara náuseas.

Dio un paso hacia atrás,
luego otro…
pero algo en su pecho aún ardía
como una llamarada imposible de extinguir.

Se volteó otra vez,
esta vez con una decisión inquebrantable:

—¿Sabes qué, muchacho?
¡Lárgate!
Olvídate de las negociaciones,
olvídate de la ayuda,
olvídate de la cena acordada,
olvídate de todo.

Su voz se endureció hasta volverse piedra:

—¡Te ordeno que abandones Vegaluz de inmediato!
Márchate antes de que cambie de opinión
y termine entregándote como una ofrenda a mi nuevo aliado,
Potinov.

El peso de sus palabras
cayó sobre los presentes como un alud sepulcral.

Un silencio gélido se extendió,
más de un minuto de vacío,
de sombras,
de una ausencia imposible de llenar…
un minuto en memoria, tal vez,
de la muerte enunciada del Árbol de la Felicidad.

Los primeros en reaccionar
fueron un grupo de mariposas congresistas demócratas,
que sin dudarlo,
se movilizaron para escoltar a Tito fuera del recinto.

Su destino:
los árboles del Viejo Mundo,
donde tal vez encontraría refugio…
o donde su travesía finalmente llegaría a su fin.

La voz de la conciencia

Cuando el portón del Congreso de Vegaluz
cerró sus puertas tras la huida de Tito,
un murmullo de alas temblorosas
recorrió el recinto.

Nadie se atrevía a hablar.
Nadie…
excepto Rubi.

El congresista de alma clara,
que hasta entonces había guardado una prudente distancia del conflicto,
se levantó de su escaño
con una rigidez que traicionaba su tensión.

Las antenas le vibraban con temor,
pero también con una convicción
que ya no podía silenciarse.

—Con su permiso, honorable gobernador Donaldo —dijo con tono sereno,
aunque su voz parecía librar una batalla contra un huracán interno—.
Permítame disentir… no como un enemigo, sino como un hermano preocupado.

Donaldo, que aún flameaba de furia
tras la confrontación con Tito,
se giró despacio,
con la mirada afilada como aguijón de avispa.

No dijo nada.
Solo observó.

—Lo que hoy hemos presenciado —continuó Rubi—
no fue un juicio político, ni una decisión de Estado.
Fue el destierro de una esperanza.
Y eso, señor, pesa más que cualquier amenaza externa.

Algunos aleteos se agitaron en los rincones del recinto.
El silencio, otra vez,
se volvió presencia.

Donaldo replicó con voz áspera:

—Rubi, tú eres mejor legislador que eso.
No te dejes llevar por sentimentalismos.
Si Tito fuese realmente la respuesta,
el destino no lo habría traído de rodillas.

Rubi bajó los ojos.
No por sumisión,
sino para buscar dentro de sí
la fuerza para seguir.

Y entonces, con la dulzura de quien habla no para vencer,
sino para honrar la verdad, respondió:

—El destino a veces pone de rodillas a los más valientes,
para que otros aprendan a mirar desde el suelo.
Y si él cayó,
no fue por debilidad,
sino por cargar un peso que ninguno de nosotros se atrevió a sostener.

Donaldo giró el rostro, incómodo.
Pero Rubi ya no temblaba.
Se había quitado el miedo de las alas.

Esa misma noche,
sin hacer ruido,
Rubi partió en secreto hacia el Árbol del Viejo Mundo.

Voló tras Tito.
No como legislador.
No como héroe.
Sino como igual.

Cuando lo encontró,
el joven mariposo dormía bajo una hoja caída,
con el rostro marcado por la derrota,
como si la tristeza se hubiese posado en él
con alas pesadas.

Rubi descendió en silencio,
y al posarse a su lado, susurró:

—Tito… no vengo con promesas.
Pero si aún estás dispuesto a seguir volando…
no lo harás solo.

Tito abrió los ojos.
Y por primera vez en muchos días,
esbozó una sonrisa tenue.

En ese instante,
una voz suave, vibrante como la melodía de una flor al abrirse al sol,
brotó entre la brisa:

—¿Tito?

Era Shakina.
También ella había seguido el llamado del viento.

Con sus alas resplandecientes
y el rostro descubierto,
como quien ha conquistado su libertad,
se acercó con la delicadeza
de quien ha danzado entre los pasos del exilio.

La mariposa más admirada del arte vegaluzano
vivía ahora entre los tallos del Viejo Mundo.

Tras ella, Rubi, firme y sobrio como siempre,
portaba un rollo de pergaminos
y sobre su pecho el símbolo del Congreso,
como un eco del poder que aún latía en su conciencia.

Tito, aún entre la sorpresa y la emoción, tartamudeó:

—¿Qué… qué hacen aquí?

Shakina sonrió,
como quien ha cruzado mundos guiada solo por el corazón:

—Vinimos a decirte que no estás solo.
Usé mi voz para cantar en los teatros de Vegaluz…
ahora la usaré para contar tu historia en cada rincón del bosque.
Los aplausos ya no me interesan. Solo la justicia.

Rubi dio un paso al frente,
su sombra erguida como un voto de confianza:

—El Congreso no se pronunció oficialmente.
Pero algunos sabemos distinguir
entre una mariposa exiliada…
y un líder con las alas rotas por decir la verdad.
Presenté una moción simbólica.
Fue rechazada…
pero resonó.
Y a veces, un eco basta para que algo nuevo comience.

Tito los miraba,
sin saber si llorar o desplegar sus alas.

—¿Qué quieren decir? —preguntó, con la voz quebrada.

Shakina desplegó lentamente sus alas.
En sus vetas brillaban letras bordadas como filigranas de esperanza:

Movimiento del Viento Justo.

—Esto ya no trata solo de ti, ni de Fir, ni de Donaldo.
Se trata de todos los árboles que se marchitan en silencio.
Es hora de formar un nuevo viento.
No uno que arrase…
sino uno que despierte.

Rubi asintió, solemne:

—La historia no la escriben los fuertes…
sino los que se atreven a volar
cuando el mundo quiere que se arrastren.

Tito bajó la cabeza.
Y por primera vez en mucho tiempo,
dejó que una lágrima resbalara por su antena.

—Entonces… volaremos juntos.

Así nació,
entre ramas caídas y corazones encendidos,
una fuerza que ningún decreto ni ley podía contener.

El arte de Shakina,
la ética de Rubi
y el fuego de Tito
se fundieron en una alianza tan inesperada como inevitable.

El Viejo Mundo escuchó.
Y pronto…
todo el bosque también.

Allí, en el corazón del Viejo Mundo,
Tito no encontró burla ni rechazo.
Fue recibido con respeto,
con la solemnidad de quienes saben mirar más allá del exilio.

Los representantes de los árboles milenarios
lo escucharon como se escucha a un joven sabio.
Sintieron en su propia corteza el ardor de la traición.
Y comprendieron que Donaldo no solo había desterrado a un viajero…
había expulsado el alma misma de Vegaluz.

Los días en el Viejo Mundo eran largos,
pesados,
saturados de burocracia y silencios diplomáticos.

Tito, acompañado por Rubi y Shakina,
había visitado cinco árboles ancestrales
sin cosechar más que palabras floridas
y despedidas tibias.

La esperanza comenzaba a marchitarse,
como una flor que no encuentra lluvia.

Entonces, llegó una invitación inesperada.

El presidente del Gran Árbol Galo, **Macri**,
había solicitado una audiencia urgente.

Macri no era una mariposa cualquiera.

Su cuerpo, esbelto y de un azul crepuscular,
parecía esculpido por los vientos antiguos del Bosque Galo.

Sus alas, grandes y perfectamente simétricas,
se desplegaban con bordes dorados
que brillaban como si el amanecer las hubiera firmado.

No necesitaba alzar la voz para inspirar respeto:
bastaba su presencia,
su andar sereno,

y su mirada límpida,
como el rocío que se posa sin dañar.

Sus antenas, largas y finas,
siempre en movimiento,
daban la impresión de escuchar los secretos de las hojas
antes de que el viento los llevara.

No usaba adornos ni símbolos de poder,
salvo un discreto broche con la insignia del Lirio Galo,
emblema de unidad y equilibrio.

Macri hablaba poco,
pero cuando lo hacía,
cada palabra llevaba el peso
de quien ha meditado antes de cada sílaba.

Gobernaba no desde la altura,
sino desde la profundidad,
como las raíces que nutren sin mostrarse.

Su autoridad no emanaba del dominio…
sino de la justicia.

Y eso, precisamente,
era lo que lo hacía tan peligroso para algunos en Vegaluz.

Mientras Donaldo se sostenía en el espectáculo y el estruendo,
Macri construía respeto desde el silencio,
desde el diálogo,
desde la coherencia.

Algunos pensaban —sin atreverse a afirmarlo—
que si Macri alzara sus alas con más ambición,
podría arrebatarle a Vegaluz el protagonismo del bosque entero.
No por imposición…
sino por virtud.

Pero Macri no buscaba protagonismo.
Su lucha era más sutil:
despertar a los líderes dormidos,
encender faroles sin apagar los de otros.
Y aun sin proponérselo,
comenzaba a brillar como el verdadero guardián
de la metamorfosis global.

Cuando Tito llegó al Palacio Floral del Gran Árbol Galo,
sabía volar...
pero aún no sabía cómo alzar a otros en su vuelo.

Fue entonces cuando conoció a Macri,
el crisopo de mirada clara
que gobernaba con dignidad y mesura
en medio de una arboleda de ramas fracturadas.

Tito, aturdido por la solemnidad del lugar, preguntó en voz baja:

—**¿Macri?**

Rubi, a su lado, respondió con una reverencia apenas perceptible:

—Un verdadero estadista —dijo con respeto—.
No es de los que gritan…
pero sus decisiones han salvado más alas de lo que imaginas.

Shakina asintió en silencio,
como quien ya sabía que el viento estaba a punto de cambiar.

En el Palacio Floral del Gran Árbol Galo,
Macri los recibió
con una mezcla de sobria elegancia
y una mirada que no esquivaba verdades.

Su cuerpo era el de una crisopa azul,
bañada en destellos dorados,
y su voz sonaba como la de quien ha escuchado demasiado
para seguir creyendo en palabras frívolas.

Se inclinó ligeramente, y sin rodeos, dijo:

—Tito.
Conozco tu causa.
Y también sé que tu lucha ha sido retrasada por el dolor,
la injusticia
y el exilio.
Pero toda alma justa merece la oportunidad de renacer…
y de desplegar sus alas por completo.

Mientras tanto, más allá del resplandor del Palacio,
lejos de la esperanza que allí germinaba,
una tensión opuesta crecía sin tregua.

Al otro lado de la arboleda,
el gobernador Donaldo
permanecía atrapado en un laberinto de espinas,
bajo la sombra creciente de Potinov.

Sus antiguos principios de libertad,
aquellos que una vez blandió como estandartes inquebrantables,
comenzaban a desdibujarse
en el entramado de pactos y presiones
que lo envolvían como hiedra sofocante.

En su afán por proteger a Vegaluz de los peligros exteriores,
Donaldo permitió que un muro de zarzas afiladas

creciera en torno al árbol,
convencido de que así preservaría su estabilidad.

Pero las orugas, laboriosas y cargadas de sueños,
pronto sintieron el peso de normas
que, aunque concebidas con la intención de proteger,
terminaron por convertirse en grilletes invisibles.

El espíritu de Vegaluz,
que antes brillaba como un faro de metamorfosis y renovación,
empezó a oscilar como una llama al filo del viento.

No porque Donaldo quisiera sofocarlo,
sino porque el temor
y la incertidumbre
nublaban su mirada,
llevándolo a confundir protección con encierro,
y prudencia con sumisión.

"Dime con quién andas,
y te diré quién eres."

Muchos se preguntaban qué había llevado a Donaldo a torcer su discurso con tanta brusquedad.
¿Había sido acaso la presión de la arboleda global lo que lo empujó a buscar alianzas ajenas al alma de Vegaluz?
Se decía, entre murmuros que rozaban las ramas como viento cargado de presagio,
que había recibido una llamada de Potinov,
el gobernante cuya sombra no cobijaba…
sino que estrangulaba.

Potinov no era un coloso ni un titán:
era un escarabajo diminuto con delirios de emperador.
Caminaba con la arrogancia de quien se cree dueño del horizonte,
aunque su corta estatura lo obligara a alzar la mirada para imponerla.

Su caparazón, bruñido con esmero y reluciente como una joya hueca,
no era símbolo de poder,
sino un espejo de vanidad,
donde los demás veían un reflejo reducido…
jamás su verdadero rostro.

Su cuerpo, compacto y rígido,
daba la impresión de solidez,
pero quienes lo observaban de cerca sabían:

su fuerza no residía en la firmeza,
sino en su arte para reptar entre las sombras,
desaparecer con la tormenta
y regresar cuando todo había sido barrido por el caos.

Era un maestro de la penumbra,
no por astucia…
sino por conveniencia.

Su rostro parecía esculpido en piedra,
no por nobleza,
sino por la parálisis emocional de quien ha cambiado alma por estrategia.
Su boca, apenas una línea tensa,
solo se abría para emitir órdenes con un sonido rasposo,
como si incluso su propia voz le pareciera una pérdida de tiempo.

Sus ojos, diminutos y entornados,
no brillaban con lucidez,
sino con cálculo helado.
Medían palabras, gestos, y hasta respiraciones ajenas,
como un depredador agazapado en la maleza,
esperando el momento exacto para atacar sin ser visto.

No necesitaba discursos vibrantes ni arengas encendidas.
Su dominio se deslizaba en el silencio,
en la ambigüedad,
en el miedo viscoso que se filtraba entre los pliegues de sus palabras medidas al milímetro.
No levantaba la voz…
porque no le hacía falta.

Y si alguien osaba desafiarlo,
Potinov jamás se manchaba las patas:
siempre había escarabajos menores dispuestos a demostrar su lealtad,
eliminando a los incómodos antes de que estorbaran demasiado.

Frío y manipulador,
jugaba con sus súbditos como un niño cruel con un hormiguero.
Nunca se apresuraba.
Nunca se impacientaba.
Esperaba con la astucia de un cazador,
dejando que sus presas cavaran su propia tumba
antes de dar el golpe final.

Sabía que en el desierto, los débiles caen solos;
pero si alguien tardaba demasiado en desplomarse,
él se encargaba de darle el empujón definitivo.

Aunque despreciaba las demostraciones burdas de fuerza,
no dudaba en recordar a todos quién estaba al mando.
Sus patas cortas pisaban con la torpeza de quien cree tallar la historia con cada paso,
y cuando decidía moverse,
lo hacía con la frialdad de quien no admite errores...
excepto los propios,
que jamás reconocía.

Su caparazón brillante podía parecer impenetrable,
pero no ocultaba un espíritu indomable,
sino una mente resbaladiza como la arena movediza,
siempre dispuesta a tragarse a quien osara desafiar su dominio.

Y así, **Potinov** reinaba sobre su porción de desierto,
no por su grandeza,
sino porque a su alrededor
solo quedaban el miedo y el silencio.

En su reflejo en la arena no veía a un tirano,
sino al único dueño de todo lo que alcanzaban sus ojos…
aunque, en el fondo,
sabía que la arena nunca guarda estatuas para siempre.

A diferencia de Fir, el tirano Potinov no solo sometía a su propio árbol con garras de hierro,
sino que devoraba con su ambición a todo tronco que osara interponerse en su camino,
como una tormenta de langostas famélicas que arrasaba sin distinción.

En su arboleda continental, su furia era un vendaval de destrucción.
En el Árbol del Este, donde las mariposas aún batallaban con sus alas rotas,
las noticias llegaban como ecos de horror:
orugas trituradas antes de desplegar su primer vuelo,
nidos consumidos por las llamas,
raíces calcinadas hasta volverse polvo.
La savia, que antes fluía con vida, ahora brotaba oscura y espesa,
manchada con la hemolinfa de generaciones enteras.

Era un sacrificio obligado a la insaciable locura de Potinov:
un déspota que no distinguía entre aliados y enemigos,
pues su único dios era la devastación.

Y aun así, Potinov no se detenía.
No le importaban ni sus propias mariquitas;
las enviaba al matadero en árboles ajenos,
las convertía en piezas descartables de su maquinaria infernal,
usándolas como escudos en su ambición sin límites.

Su reino era un cementerio de promesas rotas,
un mar de crisálidas muertas antes de florecer.

Consumido por su propio ego narcisista,
Potinov se convencía de que en tierras lejanas lo aclamaban como héroe,
como estratega invencible.
Pero la verdad era muy distinta:
allí donde su nombre resonaba,
no era con alabanzas, sino con el desprecio reservado a los fracasados
y criminales sin escrúpulos.

Pero **Donaldo** no era Potinov.

No compartía su sed insaciable de aniquilación,
ni su desprecio absoluto por las criaturas que gobernaba.
Sin embargo, atrapado entre el deber de proteger su árbol
y la presión de un mundo en llamas,
se vio arrastrado a jugar un juego peligroso.

¿Podría mantener el equilibrio sin traicionar los principios libertarios de Vegaluz?
¿O estaba siendo empujado, poco a poco, hacia el abismo,
donde toda luz se extingue y solo quedan cenizas llevándose consigo a su pueblo?

En el **Árbol de Vegaluz**,
las mariposas de alma inquieta alzaban sus antenas al cielo,
buscando respuestas entre las corrientes del viento.

Sabían que su destino no estaba entre las raíces,
sino allá arriba, donde ningún tirano pudiera atrapar sus alas.

Pero en sus corazones ya no vibraba la música de la esperanza,
sino el eco agrio de la desilusión.

Donaldo, quien alguna vez brilló como una luz entre las copas del bosque,
yacía inmóvil, extraviado en su propio reflejo.
Su luz ya no guiaba.
Su silencio pesaba más que un decreto.
Y su alianza con Potinov comenzaba a teñir de sombra
hasta el polen más puro de Vegaluz.

Y fue entonces cuando los vientos cambiaron.

La confianza.
La credibilidad.
Que era oro puro de Vegaluz.

Todo empezó a resquebrajarse.

Los árboles del Nuevo Mundo,
aquellos que durante décadas habían inclinado sus ramas en gratitud hacia Vegaluz,
comenzaron a retraer su afecto.

No porque las artesanas de Vegaluz hubieran perdido su maestría;
sus manos seguían hilando maravillas.
Sino porque el aura de respeto que envolvía sus creaciones
comenzaba a desvanecerse.
El valor de una obra no yace solo en la perfección de su confección,
sino en el respeto y la admiración que inspira su artista.

Pero Donaldo, extraviado en el espejismo de su propio reflejo,
creyó que podía sostener la grandeza de Vegaluz
con simples artificios matemáticos,
ignorando que en el delicado tejido de las negociaciones,
no bastan las cifras.

Sin honra,
sin la llama invisible del respeto,
hasta soga más fuerte se rompe.

Y así, la soberbia de un solo líder comenzó a destejer la gloria de un árbol entero.
Lo que antes fue emblema de excelencia, se volvió apenas una sombra de sí mismo.

Las mariposas de Vegaluz, que en otros tiempos habían sido presumidas y admiradas,
vieron cómo su esplendor se marchitaba lentamente,
atrapado en un capullo hilado con promesas rotas y decisiones torpes.

Las mariposas del Viejo Mundo, herederas de un linaje que había surcado aquellos cielos desde tiempos inmemoriales,
no pudieron batir sus alas con indiferencia.
El destino del Árbol de Alcatraz se entrelazaba con el suyo,
pues en sus alas se escribía el testimonio de incontables vuelos,
travesías que habían dejado huella en la corteza misma de la historia.

Uno a uno, sus compromisos se disolvieron,
arrastrados por la corriente de la incertidumbre.
Comenzaron a secarse desde lo más profundo del suelo compartido,
algo en el equilibrio antiguo se quebró.

No fue un trueno, ni un rugido,
sino un suspiro largo, sordo,
que se llevó consigo la armonía tácita entre los mundos.

Desde entonces, lo que antes fluía como savia entre ramas hermanas,
comenzó a volverse denso, espeso, lleno de pequeñas resistencias.

Fue entonces cuando Vegaluz,
el oro generoso que envolvía cada mercancía, cada servicio, cada alianza…
comenzó a desvanecerse.

Confianza, credibilidad, generosidad:
el oro puro de Vegaluz se oxidaba en silencio.

Frente a esa fractura visible,
los estrategas del Viejo Mundo decidieron actuar con sabiduría ancestral.

Sabían que no bastaban discursos, ni tratados, ni ejércitos.
Había que tocar el alma del bosque entero.

Así, en un gesto sin precedentes,
desplegaron un enjambre de mariposas portadoras de un néctar de algodoncillo tan puro, tan concentrado,
que podía acelerar la metamorfosis en una sola noche.

Su brillo verde esmeralda contenía, en cada gota, el fulgor de un destino renovado.

El primer frasco, como símbolo de apoyo, fue entregado a Tito
por el propio Macri,
en un acto silencioso pero cargado de una promesa invencible:
el nacimiento del **Movimiento del Viento Justo**.

Aún faltaba el acto definitivo:
despertar las ramas dormidas con el poder del arte.

Fue entonces cuando llegó el momento de **Shakina**.

En el claro mayor del **Bosque de los Lirios Celestes**,
los árboles convocaron una ceremonia abierta.

No hubo micrófonos.
No hubo pantallas.
Solo alas, savia, y un silencio expectante.

Shakina, vestida con polen de lirios silvestres,
y cargando sobre sus hombros el eco del exilio,
subió al escenario natural.

A su alrededor, crisálidas vibraban,
listas para romperse al compás de una verdad aún innombrada.

La mariposa de voz legendaria alzó el vuelo sobre la multitud.
Y al posar sus patas sobre el brote del roble blanco ancestral…
comenzó a cantar.

Alas de la Libertad"

Letra de Shakina

Nacemos al viento con alas de oro,
dueños del cielo, del canto y del sol,

pero olvidamos que el vuelo es tesoro
cuando nunca sentimos el peso del dolor.

Solo aquel que ha sido encadenado,
solo quien sangró dentro del capullo,
conoce el valor de estar liberado,
de alzar su verdad sin miedo ni orgullo.

¡Ay, libertad, soplo divino!
Fuego que arde si no hay temor.
Si no te cuidan, mueres sin ruido,
como una flor sin su color.
¡Ay, libertad, llama sagrada!
Déjame ser tu defensor.
Porque cuando escapas de nuestras manos,
no hay cielo que cure el dolor.

Las alas cortadas aún sueñan en sombras,
las voces silenciadas aún quieren cantar.
No hay tiranía que dure mil hojas,
ni historia que olvide al que supo volar.

Y si un día despiertas y ya es tarde,
y la luz del bosque no vuelve a brillar,
recuerda estas palabras talladas en savia:
la libertad no se implora... ¡se debe luchar!

¡Ay, libertad, soplo divino!
Fuego que arde si hay corazón.
Yo seré ala en tu destino,
vuelo eterno de rebelión.
Y aunque el mundo calle tu nombre,
y aunque tiemble la inspiración...
mientras haya mariposas que recuerden tu perfume,
serás eterna... como esta canción.

Su voz no fue solo melodía:
fue manifiesto.
Fue tambor y llanto, raíz y fuego.
Desde las raíces del Árbol de Alcatraz hasta las copas sagradas de Vegaluz, cada criatura del bosque escuchó.
Y por un instante, el mundo entero recordó por qué vale la pena volar.

Las crisálidas comenzaron a abrirse en los rincones más olvidados.
Los corazones oprimidos latieron con fuerza renovada.
Incluso en los confines del Árbol Soviet, gobernado por Potinov, algunas orugas se atrevieron a susurrar palabras de libertad.

Y en Vegaluz, Donaldo —encerrado en su torre de espejos— sintió un estremecimiento que no supo explicar.
Porque el arte que nace del alma no pide permiso.
Simplemente... **despierta**.

Ese despertar lo confrontó con una verdad ineludible:
un árbol posee un perfil tan cercano al de un ser vivo, que no puede gobernarse como si fuera una maquinaria.
Y si Donaldo no lograba humanizar el espíritu de Vegaluz, sencillamente no era la mariposa indicada para liderarlo.

Durante años se había vanagloriado de su pericia en los telares del mundo comercial,
donde todo gira en torno a producir y obtener ganancias.
Pero aquello resultaba trivial frente a la complejidad emocional que exige gobernar un árbol.

Porque un árbol como Vegaluz tiene alma.
Irradia generosidad, amor y justicia a través de todas las arboledas del mundo.
Esa es su esencia.
Y quien aspire a guiarlo, debe primero aprender a respetarlo.

Finalmente, Donaldo dejó caer el peso de su arrogancia y cedió ante la sabiduría de mariposas como Rubi.
Comprendió que un árbol no puede regirse bajo los principios fríos de la rentabilidad.
Producir y ganar no bastan.

Para que un pueblo florezca, es necesario honrar el espíritu de la mayoría de sus mariposas…
y permitir que se sientan representadas, reconocidas, respetadas.
Esa es la verdadera raíz de la felicidad y el bienestar de una arboleda.

Sin embargo, no todos los árboles habían abrazado esa sabiduría.
Mientras en Vegaluz brotaban brotes de entendimiento, en otras tierras aún reinaba la sombra.

Porque mientras el Árbol de la Felicidad pedía esperanza,
otro frente se abría bajo la copa marchita del imponente Árbol Sobiet,
donde Potinov, el viejo escarabajo del norte helado, extendía su sombra espesa sobre arboledas enteras.

Macri, sabio estratega, sabía que las estrategias de guerras del pasado ya no servían.
Desde sus laboratorios florales, activó un plan nuevo, sutil y letal:
las luciérnagas sintéticas de resplandor profundo.

Estas criaturas, sin alma ni dolor, construidas con alas de cristal y circuitos de polen codificado, no necesitaban mapa ni brújula: solo una coordenada.

Volaban como pensamientos certeros.
Y allí donde encontraban tiranía, no sembraban muerte, sino confusión.

Al llegar al Árbol Sobiet, comenzaron a buscar a Potinov.
Su misión no era destruirlo, sino esparcir sobre él un polen especial:
no mortífero, no visible… pero implacable.

Bastaba una sola inhalación para que ocurriera la magia.

El tirano, otrora temido y despiadado, olvidó quién era.
Olvidó qué deseaba.
Olvidó por qué había alzado su voz en violencia.

Potinov deambulaba ahora como un tronco seco, perdido en su propio jardín de sombras.
Sin discurso. Sin orden. Sin memoria.

No era venganza.
Era liberación.

Porque ya no bastaba con proteger los brotes:
había que silenciar con dulzura el ruido de quienes alimentaban la oscuridad.

Desde aquel día, cambió el orden del combate.
Ya no se enfrentaban ejércitos enteros.
Ya no se enviaban jóvenes a morir por causas que no comprendían.

Las guerras —como se conocían en los anillos pasados del Árbol del Tiempo— se extinguieron como hojas secas arrastradas por el viento de una nueva conciencia.

En su lugar, emergieron las luciérnagas robóticas.
Criaturas sin alma ni odio, diseñadas con precisión absoluta por los sabios de Macri.
No sentían dolor.
No dudaban.
No juzgaban.
Solo obedecían una misión clara: encontrar al causante de la oscuridad… y neutralizarlo.

Entonces, el gran Árbol Asiachi y el hambriento Árbol Norcore alzaron su voz en el Consejo del Viento.
—¡Esto es una forma de tiranía! —clamaron sus representantes—. ¡Debe prohibirse esta tecnología injusta y arbitraria!
Pero quienes los escuchaban no tardaron en notar que aquellas quejas no brotaban del corazón de la justicia,
sino del hueco cálido del miedo.

Porque todos sabían que el Árbol Asiachi llevaba tiempo planeando someter a su vecino: el pequeño pero luminoso Árbol de Taiwú.
Y que Norcore, envidioso de la prosperidad de su hermano Surcore, lo amenazaba con lanzar un enjambre de luciérnagas explosivas capaces de volarlo desde la raíz.
Pero ahora, con la amenaza invisible de las nuevas luciérnagas justicieras, sus planes se volvían inciertos.
Ya no bastaba con tener el mayor ejército,
ni con discursos inflados,
ni con antiguos pactos de dominación.
Una sola luciérnaga bastaba para sembrar el olvido en el núcleo de cualquier ambición oscura.

Kim Dok-un, el escarabajo inflado de Norcore

En lo más sombrío de la arboleda mundial, donde la luz apenas se atrevía a colarse entre ramas secas y raíces encadenadas, se alzaba un árbol famélico y olvidado:
el Árbol Norcore.
Sus frutos eran escasos, sus ramas pesadas de promesas oxidadas, y sus raíces, retorcidas por el resentimiento.

Allí reinaba un escarabajo grotesco, redondo como un fruto hinchado de mentiras:
Kim Dok-un, conocido por todos como el escarabajo inflado del norte.

Mientras sus orugas morían de hambre,
mientras las mariquitas de su reino apenas podían volar por la falta de polen,
él engordaba a la sombra de banquetes secretos y explosiones nocturnas.
Gastaba fortunas en luciérnagas explosivas —tan espectaculares como inútiles—

solo para probarse a sí mismo que podía hacer temblar al bosque… aunque no supiera hacerlo florecer.

Vestía con el caparazón más pulido de la región,
pero debajo de él, su alma era una cáscara hueca,
llena de propaganda reciclada y discursos heredados del escarabajo anterior,
a quien llamaba padre,
aunque muchos sabían —en el silencio tembloroso del bosque—
que su linaje era una construcción artificial,
una falsedad sostenida por miedo y repetición.
Ni siquiera las esporas sabían con certeza
si la savia de su tronco provenía de sangre legítima
o de un injerto oportunista.

Su árbol, el más pobre del bosque, era también el más vigilado.
Ninguna oruga hablaba sin permiso.
Ninguna mariquita se atrevía a volar sin escolta.
Y el viento mismo tenía prohibido dudar sus verdades.

Lo llamaban "el muerto de hambre de la arboleda",
no por él —pues su panza brillaba de abundancia malhabida—
sino por su pueblo, que rumiaba cortezas secas
mientras él coleccionaba luciérnagas robóticas y aduladores.

Le había vendido soldados mariquitas a **Putinov**,
cambiando vidas por alimento, alas por entierros,
y haciendo de su árbol una colmena alquilada para la guerra ajena.
No le importaba quién ganara…
mientras el mundo lo viera lanzar sus luciérnagas al cielo,
como si eso le otorgara autoridad.

Pero lo que más lo carcomía no era el aislamiento,
ni el juicio de los Guardianes del Viento Libre...
sino la prosperidad luminosa del Árbol Surcore,
su hermano en savia y raíces,
que florecía con libertad, justicia y abundancia.

Kim Dok-un no lo soportaba.
Cada día lo amenazaba,
como quien envidia la risa de un hermano feliz
porque revela su propia miseria.
No podía tolerar que un árbol nacido del mismo suelo
hubiese florecido mejor que el suyo.
Lanzaba advertencias cargadas de odio,
proclamaba su superioridad con discursos huecos,
y planeaba, en secreto, **convertir aquella alegría en cenizas.**

Kim Dok-un no gobernaba: asimilaba.
Su estrategia era simple: encerrar, mentir y amenazar.
Transformó a sus orugas en sombras,
les robó la metamorfosis a cambio de nada.

Y aunque intentaba mostrarse sin temor,
era el único tirano que temblaba al ver una luciérnaga justiciera.
Porque sabía que esa chispa silenciosa no iba a explotar su carne...
sino a **apagar su memoria**,
a vaciarlo por dentro,
a mostrarle que ni todo su caparazón blindado podía protegerlo del juicio de los sabios del viento libre.

Desde entonces, **Kim Dok-un** comenzó a vivir rodeado de vigilantes,
temiendo hasta el aleteo de una mariposa extraviada,
sabiendo que en cualquier momento podría llegar
esa chispa anónima
que no lo mataría…
pero lo dejaría vacío:
sin voz, sin historia, sin poder.

Porque los dictadores más temidos…
son también los que más pánico sienten cuando el miedo cambia de dirección.

Y no era el único.
La verdadera inquietud del **Árbol Asiachi** y del **Árbol Norcore**
no nacía de una defensa moral ante la nueva tecnología,
sino del pánico silencioso de verse vulnerables.

En este nuevo bosque, lleno de memorias heridas,
nadie podía adivinar quién enviaría la próxima luciérnaga.
La justicia ya no tenía rostro ni bandera:
era el grito de un bosque harto de sus opresores,
el llanto de las hojas que habían sido obligadas al silencio,
la memoria de las raíces que nunca dejaron de sangrar.

Finalmente, la arboleda entendió una verdad que llevaba siglos meditando entre los troncos:
no son los pueblos quienes generan el caos,
sino los tiranos que, ocultos tras títulos y banderas, manipulan multitudes sin ensuciarse las manos.
Fueron, desde siempre, los arquitectos del sufrimiento.

Y es que tiranos como Potinov —y los líderes de Asiachi y Norcore— representaban la forma más cobarde del poder:
amparados por sistemas antiguos, jamás pusieron en riesgo sus propias vidas.
Desde la altura segura de sus ramas privilegiadas dirigían batallas,
mientras abajo, raíces inocentes hemolinfaban por decisiones que nunca les pertenecieron.

Pero ahora... el viento había cambiado.
Las luciérnagas no buscaban soldados.
Buscaban a los que nunca se ensuciaban el cuerpo, pero llevaban el alma manchada.
Iban directo al núcleo de la tiranía,
como polen justiciero que despertaba el olvido.

No asesinaban.
No destruían.
Anulaban.
Dejaban a los tiranos sin memoria, sin discurso, sin poder.
Como árboles huecos: erguidos aún…
pero sin savia,
sin espíritu,
sin voluntad.

Y por eso, desde ese día, muchos autoproclamados líderes comenzaron a temer.
Porque, por primera vez,
el peligro tocaba a su propia puerta.
Ya no podían esconderse tras el pueblo.
Ya no bastaban los discursos distorsionados.
Ya no había murallas ni excusas que los salvaran.
Ahora, sus propias vidas —las que siempre habían sido intocables— estaban bajo amenaza.

Y así, sin más guerras multitudinarias,
sin ejércitos arrasando bosques,
el equilibrio comenzó a restaurarse.

No por amor.
No por redención.
Sino porque, cuando el miedo cambió de dirección,
los opresores descubrieron que no sabían vivir sin impunidad.

Y el bosque, finalmente, respiró.
Gracias a un nuevo orden mundial.

Pero no todas las sombras podían combatirse del mismo modo.
Macri lo sabía.
No todos los árboles caen bajo la misma tormenta.

Fir, aunque arrogante y tentado por la tiranía, no había cruzado aún el umbral de la extinción masiva de sus obreras orugas ni de sus soldados mariquitas.
Sus raíces estaban infectadas, sí, pero no podridas.
Y, sobre todo, el Árbol de la Felicidad —donde Fir extendía su influencia— era demasiado permeable, demasiado frágil... y demasiado lleno de brotes nuevos que aún no decidían hacia dónde crecer.

Por eso, Macri eligió no enviar las luciérnagas.
No fue por cobardía, ni por compasión.
Fue por estrategia.
Sabía que un golpe de olvido, como el que aniquiló a Potinov, habría provocado un colapso innecesario.
Fir aún sembraba esperanzas en las mariquitas que apenas comenzaban a brotar.

En lugar de un castigo, Macri optó por un gesto más sutil y paciente:
una fragancia de vida, en vez de un veneno de olvido.

El estratega del Viejo Mundo desplegó un enjambre de mariposas portadoras de un néctar concentrado.
Era un elixir tan puro que prometía acelerar la transformación en una sola noche,
con un fulgor verde esmeralda que contenía en cada gota la promesa de un renacimiento.

Pero algunas orugas lo observaban con recelo.
¿Y si era una trampa disfrazada de esperanza?
¿Y si era una estrategia de Fir, planeada para desenmascarar a las traidoras?

El aroma dulce del néctar se mezclaba con el peso denso de la duda,
flotando en la brisa como una sospecha envenenada.

Entonces, ocurrió lo inesperado:
llegaron las mariposas del Centro Carti.

Su sola presencia fue como un viento claro despejando la niebla del miedo.
No venían con promesas inciertas ni con cánticos de gloria;
traían consigo una historia viva, tejida con cada vuelo en árboles dominados por la sombra.

Eran conocidas en todos los bosques por su valentía inquebrantable,
por posarse incluso en las ramas más peligrosas y hablar en nombre de las orugas silenciadas.
Las del Centro Carti no tenían interés en el poder, ni en la miel de los tronos:
solo en la libertad.

Entre ellas volaba una con alas de color dorado intenso,
como el cielo del crepúsculo cuando la noche aún no ha vencido del todo al día.
Su nombre era Marí Colina, la Inquebrantable.

Había cruzado huracanes de silencio y zumbidos de engaño sin perder jamás el compás de su vuelo.
No lideraba con gritos, sino con el eco suave de una verdad persistente;
no hablaba para ser escuchada, sino para encender fuegos dormidos en el pecho de quienes la seguían.
Su aleteo tenía el ritmo de un tambor ancestral que anunciaba el fin del miedo.

Poseía la astucia de los lobos viejos, pero la dirigía hacia la justicia,
como quien canaliza un río furioso para regar la tierra.
Cuando los tiranos tramaban sus emboscadas,
ella ya había bordado salidas secretas con intuición y coraje.

Era para los opresores un aguijón doloroso,
un espejo donde se reflejaban sus miedos más hondos.
Su determinación era un faro que no pestañea en la tormenta:
no negociaba con cadenas, no pactaba con el silencio, no descansaba mientras hubiese un ala atada.

Como las primeras llamas que nacen en medio de la oscuridad, era incansable:
una mariposa sin miedo, cuya sola existencia desafiaba el orden impuesto por los devoradores de luz.

Con su llegada, el bosque comprendió que no toda resistencia brota del acero.
A veces, basta con un aleteo firme para quebrar la costra del silencio.

Y en lugar de luciérnagas justicieras, esa noche, fueron mariposas quienes reclamaron el cielo.

Fue esa convicción, más que el brillo del néctar, lo que persuadió a las primeras orugas, incrédulas ante la magnitud del regalo: ***alas para volar.***

No podían imaginar que en sus lomos humildes se gestaba la promesa del cielo.
Confiaron no en el elixir, sino en el renombre de aquellas que lo ofrecían:
porque las alas que llegaban no eran un milagro impuesto,
sino una herencia despertada por el ejemplo vivo.

Las primeras en beberlo sintieron una tormenta interior estremecerlas,
como si el tiempo se plegara sobre sí mismo en un suspiro.
La seda de sus anhelos comenzó a brotar,
envolviéndolas en capullos de luz.

Y cuando, con el resplandor del amanecer, aquellos capullos se abrieron,
emergieron mariposas de una belleza inusitada,
con alas vastas y radiantes como soles recién nacidos.

El anhelo de volar fue más fuerte que el miedo.
Y en esa certeza, sembrada por la fe del Centro Carti y la llama inextinguible de Marí Colina,
se inició el cambio.

Centro Carti: Guardianes del Viento Libre

En los días oscuros en que los árboles más antiguos temblaban bajo la sombra de los tiranos,
cuando el miedo se colaba entre las hojas y las orugas eran obligadas a arrastrarse sin voz ni destino,
surgió una estirpe de mariposas imposibles de doblegar: las del **Centro Carti.**

No eran guerreras en el sentido común de la palabra,
pero su valor era el de aquellas que vuelan contra la tormenta.
No empuñaban aguijones ni construían trincheras;

portaban algo aún más temido por los déspotas:
alas encendidas con la luz de la verdad y el zumbido firme de la conciencia.

Su aleteo suave pero constante era capaz de mover el polvo de la resignación
hasta convertirlo en un vendaval de justicia.

Las mariposas del Centro Carti no esperaban invitación.
Cruzaban los vientos más recios y se internaban en los árboles dominados por garras de hierro y cortezas envenenadas.
Allí, entre ramas cargadas de represión y savia corrompida por la mentira,
buscaban a las orugas esclavizadas.

No importaba cuán alto se alzara la tiranía,
ni cuán espesa fuera la red de engaños:
ellas llegaban,
posaban sus antenas sobre los barrotes invisibles
y murmuraban una promesa al oído tembloroso de las cautivas:
"No estás sola. Tu metamorfosis llegará."

Con alas de monarca y corazones de centinela,
estas mariposas construyeron algo más que informes;
tejieron caminos hacia elecciones libres
en árboles donde nunca había florecido la invitación a opinar.

Hablaron cuando otros callaban.
Denunciaron cuando otros temblaban.
Y protegieron con sus cuerpos las crisálidas en formación,
aun sabiendo que una sola mirada del tirano podía convertirlas en polvo.

El Centro Carti no se rendía ante la opresión disfrazada de estabilidad,
ni ante la mordaza de los convenios diplomáticos.
Iban donde ardía la injusticia,
guiadas no por estrategias de poder, sino por un antiguo instinto:
el de honrar el derecho de todo ser a alzarse al cielo por decisión propia.

Allí donde un árbol se creía dueño de sus ramas
y de cada aleteo en ellas,
llegaban las guardianas del viento libre
a recordar que la savia de la libertad no se compra, no se impone:
se cultiva.

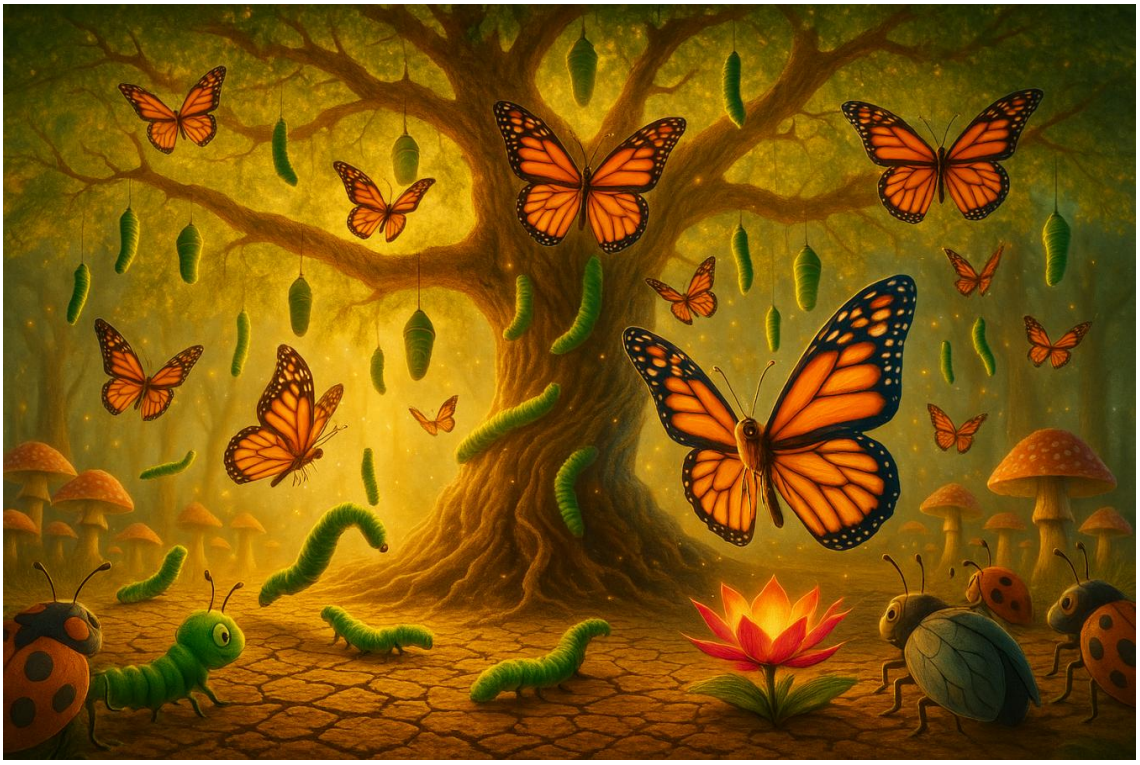
Por eso, cuando el Árbol de la Felicidad fue liberado de su enredadera de engaños,
cuando las crisálidas brotaron en pleno vuelo
y los aleteos formaron un coro de esperanza,

muchos olvidaron quiénes habían encendido la chispa.
Pero las orugas que una vez temieron al sol sabían la verdad:

Si hoy tenían alas, era porque en los días más sombríos,
el Centro Carti también voló por ellas.

Una tras otra,
las orugas vacilantes bebieron el néctar,
sintiendo en su interior una metamorfosis
que, en soledad, les habría tomado toda una vida.

Y así, alcanzaron la libertad
sin volver la vista atrás.



Fir: La caída de un falso soberano

Fir, soberano absoluto del Árbol de la Felicidad, había confiado ciegamente en la lealtad de sus allegados,
aquellos que crecieron bajo su abrigo y se alimentaron de sus favores.
Jamás imaginó que serían ellos quienes alzarían el vuelo… lejos de él.

Desde que eran larvas, esos privilegiados no conocieron ni el hambre ni el esfuerzo.
Solo debían inclinarse… y recibían las hojas más tiernas.
Las demás, relegadas a las ramas altas, soportaban en silencio el peso del hambre y la lucha.

Pero cuando vieron el poder de Fir desquebrajarse como una telaraña sacudida por el viento, comprendieron que su tiempo había llegado a su fin.
Temerosos de caer con él, lo traicionaron.

Sin titubeos, lo arrastraron fuera de su refugio y lo entregaron a los guardianes del Viejo Mundo.

Lo acusaron de haberlos encadenado con falsas promesas.
De haberles arrancado su digna identidad de *machos* sustentadores y protectores,
y de haberla reemplazado por la de unas mariquitas mantenidas, chismosas y sin honra,
con la moral arrastrada y la lengua más afilada que el deber.
Lo ofrecieron sin un atisbo de remordimiento, como quien ofrece una hoja podrida al juicio del bosque entero,
buscando su propia absolución
y un nuevo lugar bajo el orden naciente.

Fir, astuto y temido, comprendió al fin que su mayor error no fue haber doblegado a sus súbditos…
sino haber confiado en quienes jamás conocieron el sacrificio ni la moral.

Ahora era él quien quedaba desnudo de poder, reducido a un insecto despreciado, atrapado por la justicia
que tantas veces moldeó a su antojo.

El renacer del Árbol de la Felicidad

El Centro Carti, consejo de mariposas guardianas del viento libre, convocó elecciones abiertas.
Cada aleteo marcó el destino del Árbol de la Felicidad.

Incluso las mariquitas que habían jurado morir por Fir mudaron sus colores...
y eligieron a Tito.

El Árbol de la Felicidad, por fin, hacía honor a su nombre.
Sus ramas, antes pesadas por la opresión,
se mecían ahora con la ligereza de la libertad.

El pueblo de orugas, tras una vida de cadenas…
al fin alzaba el vuelo hacia un horizonte colmado de promesas.

El gran discurso

Tito, de pie sobre la rama mayor, alzó su voz:

> —La mayoría de los seres del mundo nacen libres, dueños absolutos de su propio vuelo,
> pero pocos comprenden el tesoro sagrado que Dios ha depositado en sus alas.
> Solo aquellos que han sido encadenados, silenciados y doblegados por el peso de la tiranía
> conocen el verdadero valor de la libertad.
> Quien ha sentido las cadenas morder su piel sabe cuánto duelen las alas cuando han sido cortadas.

El silencio flotaba en el bosque, suspendido en cada hoja.

> —La libertad es un soplo divino, un fuego sagrado que arde solo si se resguarda del viento de la indiferencia.
> Si no la defendemos con valentía y entrega, si no la honramos con cada latido del corazón,
> llegará el día en que se nos escape de las manos.
> Y cuando eso ocurra, quizás ya sea tarde para recuperarla,
> porque la vida es efímera... y la historia rara vez concede segundas oportunidades.

Con estas palabras, Tito cerró su discurso al ser juramentado
como el primer gobernante legítimo del Árbol de la Felicidad.

Su voz, clara como un río de montaña y cargada de verdad como un relámpago en la noche, encendió la esperanza en los corazones.

Un estallido de alas vibrantes sacudió el cielo,
anunciando la luz de una nueva era,
un nuevo orden en la geopolítica del bosque.

Fin.